

LA GUERRA DEL PACÍFICO, PARTE VII: INTERVENCIONES IMPERIALISTAS Y TOMA DE LIMA (1880-1881). INTROMISIÓN DE LOS ACREEDORES INTERNACIONALES DEL PERÚ. COMBATES DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES. OCUPACIÓN DE LIMA

-Ampliado y actualizado el 28 de marzo de 2008

EL PERÍODO CORRESPONDIENTE AL AVANCE DE LAS FUERZAS CHILENAS HACIA LIMA, SE ENCUENTRA CERCADO POR UNA SERIE DE OSCUROS EPISODIOS QUE COMPROMETEN A POTENCIAS INTERNACIONALES EN SU INTENTO DE INTERVENIR EN EL DESARROLLO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO, PROTEGIENDO LOS INTERESES DE CAPITALISTAS Y BANQUEROS ACREEDORES DE LOS NEGOCIOS MINEROS PERUANOS, Y POR UN TEJIDO DE MITOS Y LEYENDAS NEGRAS DE PARTE DE LOS ALIADOS SOBRE LA VERDADERA FORMA EN QUE SE DIO LA OCUPACIÓN DE LOS TERRITORIOS Y LAS BATALLAS POR PARTE DE LOS CHILENOS, ESPECIALMENTE DURANTE LA LLEGADA DE LAS FUERZAS A LIMA

****

Introducción: los intereses internacionales en la Guerra del Pacífico

Un mito histórico que Bolivia y Perú han extendido majaderamente a lo largo y ancho de sus relatos sobre la Guerra del Pacífico, dice relación con los supuestos intereses ingleses favorables a Chile y a Compañía de Salitre y Ferrocarriles de Antofagasta para "provocar" la guerra en 1879, llegando a especularse sobre supuesta ayuda armamentística y militar para el país "mapochino".

No cabe duda de que hubo poderosos intereses británicos en el desarrollo de la guerra (y prácticamente todas las guerras de la historia contemporánea), pero esta sombra está inscrita en una oscura presencia en el contexto histórico, a la que los autores peruanos, bolivianos y sus simpatizantes rara vez aventuran a detallar, salvo cuando se trata de seguir señalando sesgadamente las ambiciones británicas detrás de las motivaciones chilenas.

En efecto, el estudio de las relaciones comerciales y diplomáticas de los países beligerantes en aquellos años ofrece un panorama donde los ingleses no sólo aparecen intentando salvar sus negocios en guaneras y salitreras procurando la paz, sino que aparecen al paso, también, una serie de intentos de intervención de potencias extranjeras que buscaban -al contrario de lo que afirmen los ex aliados- pacificar los territorios de Antofagasta y Tarapacá con resultados más bien lesivos a Chile, dada la cantidad de acreedores que tenía particularmente el Perú con inversionistas extranjeros de gran influencia y poder en Europa y los Estados Unidos. Esto resulta vital para comprender la intromisión extranjera durante el período relativo a la toma de Lima.

En 1833, Perú había promulgado una ley para incentivar la búsqueda de guaneras litorales en Tarapacá, ofreciéndole a cada descubridor una tercera parte del tesoro natural. Al revelarse los resultados positivos de los experimentos de Cochet sobre las propiedades fertilizantes del guano, poco después, la costa se llenó de aventureros que dieron gran riqueza al fisco peruano. Sin embargo, los malos gobiernos arrastraron al país a una crisis, hacia 1860, sumiéndolo en un déficit monetario y llevando a decretar la monopolización estatal de la extracción de guano precisamente en los años en que se agravaba la cuestión de Chile y Bolivia por la posesión de Atacama, en la simiente de la Guerra del Pacífico. Se llamó a licitación con solicitud de un nuevo empréstito millonario, ganando el contrato la Casa de Augusto Dreyfus & Hermanos. La familia de Augusto Dreyfus, comerciante establecido en Lima, formaba parte de un clan de empresarios judeo-franceses vinculados con la poderosa Banca Francesa.

Entre 1865 y 1869, Perú había solicitado cerca de siete nuevos empréstitos, totalizados en 36.763.000. Dreyfus otorgó uno de estos gracias a gestiones del entonces Ministro de Hacienda Nicolás de Piérola, a cambio de la renovación y ampliación de los derechos de extracción de las covaderas de guano peruanas. Sin embargo, en 1868 el Ministro García Calderón trató de impedir un nuevo contrato con Dreyfus, sin lograr convencer al Presidente Balta. Para empeorar las cosas, Piérola debió solicitar en París un nuevo empréstito de 298 millones de francos en mayo de 1870 y otro en Londres por 15 millones de libras esterlinas, en junio siguiente.

La consecuencia de todas estas medidas fue que el negocio del guano quedó sobrehipotecado hasta las nubes a los acreedores franceses e ingleses, precisamente en momentos en que comenzaba a escasear el recurso por la masiva explotación de la que era objeto, y por la aparición de la competencia que representaba el salitre, fertilizante que estaba demostrando grandes ventajas sobre el negocio del guano. Sin embargo, el principal competidor del salitre bajo control peruano era la industria chilena establecida en Antofagasta, por lo que la política peruana se orientó,

desde ese momento, a apoyar decididamente a Bolivia en sus pretensiones sobre este territorio y a procurar un quiebre con Chile, decretando el Presidente Manuel Pardo un estanco del salitre al mismo tiempo que firmaba un Pacto de Alianza Secreta contra Chile de 1873, con La Paz.

El estanco peruano del salitre resultó en un rotundo fracaso, según lo reconoció el Gobierno de Lima en 1874. Esto fue vital para que Perú buscara fórmulas de acuerdo directo con Bolivia para expulsar a los inversionistas chilenos de Atacama y adquirir las salitreras por ellos controladas, procurando la ruptura del tratado chileno-boliviano de aquel año, en lo que sería la causal del estallido de la guerra, cuando el Presidente boliviano Hilarión Daza decretó ilegalmente el famoso *impuesto de los 10 centavos*, ordenando después el embargo de la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta y la expulsión de los miles de chilenos que en ella trabajaban. Chile reaccionó alegando que se restituyera la situación previa a la firma de los tratados de 1866 y 1874, por lo que exigió de vuelta el territorio cedido a Bolivia por estos acuerdos no cumplidos, y reincorporó Antofagasta a su soberanía en febrero de 1879. Bolivia declaró la guerra a Chile a fines del mes siguiente y exigió al Perú cumplir con la Alianza.

Al inverso de lo que aseveran historiadores peruanos y bolivianos, Gran Bretaña estaba interesada en la paz (a nadie le convenía una guerra prolongada en los ricos territorios) y la Reina Victoria ofreció al Perú arbitrar en el conflicto, en abril de 1879, según lo comunicó Lord Salisbury, Jefe del *Foreign Office*, al diario "Times" de Londres. Sin embargo, el Gobierno de Lima rechazó la propuesta de la Reina Victoria. Repetimos que el interés general de los países de Europa era salvar del caos de la guerra a sus inversionistas del guano y del salitre.

Luego del episodio del 21 de mayo de 1879 en Iquique y de la pérdida peruana de la "Independencia" en Punta Gruesa, la Casa Dreyfus buscó ayuda de la Banca Francesa para motivar la intervención de ese país en la guerra, al tiempo que prestaba un millón de libras al gobierno peruano de Mariano Ignacio Prado para que éste comprara armas modernas a Europa. Entre ese año y el siguiente, un poderoso grupo de inversionistas franceses, ingleses e italianos, ligados a personajes aún más influyentes entre los banqueros judeo-europeos de la época, buscaron organizar abiertamente una intervención sobre el conflicto, idea a la que puso Alemania y que pudo ser boicoteada por las operaciones del Ministro Alberto Blest Gana y sus espías en Europa. Veremos los detalles de estos hechos.

Cabe señalar que, por entonces, se temía que Otto von Bismark se acoplara a la intervención europea desde que la *"Pall Mall Gazette"*, de Londres, publicara sus comentarios de que la Guerra del Pacífico era *"irregular e inhumana"*, agregando ya había iniciado conversaciones con otras potencias al respecto y que enviaría barcos de guerra a Egipto y al Pacífico para la protección de los súbditos alemanes. Sin embargo, tendremos oportunidad de ver, a continuación, que la actitud germana resultó favorable a Chile y a la justicia de su causa.

Reproches y apoyos extranjeros a Chile. Lealtad y rectitud alemana

El Presidente Nicolás de Piérola cambió al representante peruano La Torre por Evaristo Gómez Sánchez, en Argentina, quien se gastó cuanto dinero pudo para trasladar la campaña de odiosidad antichilena peruana a Buenos Aires, pagando mítines, reuniones y artículos en la prensa regular.

Bien se sabe del apoyo ecuatoriano al Perú en aquellos días, que le llevara incluso a proponerse para un arbitraje, sentimiento derivado tal vez de su sincero americanismo, pero que Lima le pagó de manera muy poco fraterna, años más tarde. Afortunadamente, el emperador Pedro II y el Brasil ya habían manifestado prudentemente su "adhesión" neutral a Chile y su reproche a Bolivia por la participación en las causas de la guerra, por lo que no era terreno fértil para la diplomacia peruana, según lo testimonió el ministro chileno en Río de Janeiro.

Fuera del continente, y a pesar de su estricta neutralidad, España no recibió con buenos ojos los intentos diplomáticos peruanos para lograr un acercamiento en 1880, comunicando a la Legación de Chile en París que el gobierno limeño le había solicitado ayuda y armas. Vale hacer notar la distancia que hay entre esta deferencia española para con Chile, en contraste con la actitud que tuvo La Moneda cuando ciegamente le declaró la guerra a la Península en favor del Perú, en 1865; es decir, por el ahora enemigo de guerra.

Por otro lado, la pretendida simpatía inglesa que alegan los ex aliados sospechando de intereses en la compañía salitrera, no fue obstáculo para que varias de sus acciones comerciales resultaran más favorables al Perú que a Chile. Al inverso, el apoyo de Alemania a Santiago durante el conflicto se inscribe, sin duda, en una de las grandes muestras de amistad histórica demostradas por alguna nación hacia el país del Pacífico.

Ya el 23 de septiembre de 1879, el ministro residente Legación germana en Santiago, Von Gülich, había enviado nota a Berlín al Canciller Von Bülow, con este extraordinario texto, que sintetiza las causas de la guerra y las culpas, figurando también una traducción en el trabajo "Informes Inéditos de Diplomáticos Extranjeros durante la Guerra del Pacífico" (Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1980, pág. 31 y 32):

> *"El asunto del salitre dio ciertamente el último impulso exterior a la actual guerra de Chile y Bolivia".*
>
> *"La verdadera causa que da origen a la guerra actual es, sin embargo, mucho más profunda: es la amarga envidia, el odio vivo que impera contra Chile desde hace muchos años en Perú y Bolivia. Estos dos desgraciados países continuamente destrozados por las revoluciones y bajo pésima administración, envidian a Chile la prosperidad material alcanzada hasta ahora, su ordenada vida política no perturbada por insurrecciones, su alejamiento de la anarquía y del despotismo y su ascenso sin interrupciones a un peldaño cultural más elevado".*

> *"El hecho de que Chile, a principios de este año, estuviera completamente desarmado en tierra y mar, su ejército permanentemente limitado al mínimo, la guardia nacional licenciada y sus buques de guerra sin alistar y aun ofrecidos en venta, demuestra, a mi juicio, que no pensaba siquiera ni remotamente en una guerra con Perú y Bolivia; la guerra la hizo necesaria el proceder del gobierno boliviano con los propietarios chilenos de las salitreras".*
>
> *"Por el otro lado, el Tratado Secreto defensivo y ofensivo de 1873 entre Perú y Bolivia, que sólo se dio a conocer al declararse la guerra, sólo demuestra que existían intenciones hostiles contra Chile. Los chilenos que vivían en Perú y Bolivia eran hostilizados desde hacía tiempo por las autoridades y por los privados nacionales, hasta su expulsión, mientras los peruanos y bolivianos vivían en todas parte Chile y aún siguen viviendo sin que nadie los moleste".*
>
> *"Si el asunto del salitre no hubiera acelerado en ese momento la guerra, sin lugar a dudas ésta habría estallado tarde o temprano, bajo cualquier excusa que se hubiese ofrecido".*

Sin embargo, hemos dicho que las inversiones y créditos extendidos a Perú alcanzaron a poderosos banqueros y obligaron a buena parte del capitalismo europeo a mantener posiciones proclives a Lima.

Los incidentes y las revueltas durante la ocupación chilena de Mollendo, por su parte, motivaron protestas de Italia minando más las relaciones con Chile. Con esta excusa (y en otra prueba del embuste histórico peruano al aseverar la supuesta *"ayuda inglesa"* a los chilenos) Inglaterra y Francia acordaron emitir una protesta conjunta con Italia, en julio de 1880, señalando violaciones a los códigos de guerra civilizada por parte de Chile, a pesar de que lo ocurrido a los chilenos en Tarapacá y luego con el "Loa" superaban con creces los más mínimos rasgos de moral bélica, sin que molestara mayormente a esas mismas autoridades europeas interesadas en conservar las garantías de pago de las deudas que Perú había contraído con ellas.

Sin embargo, las tres naciones se encontraron con la rígida negativa de Austria y Alemania. La férrea posición de Von Bismark en favor de Chile fue una traba a la hora de poder comprometer más potencias en su cruzada. Amedrentados por la falta de apoyo, los diplomáticos redujeron su protesta a una nota dirigida a Piérola, donde dejaban establecido su interés de que terminara la guerra. Acto seguido, a principios de julio de 1880, avisaron a La Moneda de este mismo interés agregando que Piérola estaba dispuesto a ceder Tarapacá. La nota fue enviada por el representante inglés.

El Presidente Aníbal Pinto recogió el guante y dispuso que Jorge Huneeus presentara las condiciones que Chile aceptaría para poner fin a la guerra. Estas condiciones eran:

- La cesión completa de todo el territorio al Sur de Camarones (Tarapacá y Atacama).

- Devolución a Perú de Tacna y Arica.
- Libre tránsito para Bolivia hacia la costa y los puertos chilenos.

Estas condiciones (infinitamente más favorables que el resultado final de la guerra al que tuvo que someterse el Perú) fueron entregadas a Piérola por los representantes europeos que intermediaban. Pero el caudillo jamás respondió, ilusionado con un lograr un revés en el desarrollo del conflicto.

Intervención yanqui: errores de Christiancy y triunfalismo de Piérola

En un principio, la Unión de Estados Americanos se había negado a participar de la intervención europea. Sin embargo, iniciados los intentos de mediación, el Secretario de Estado del Presidente Rutherford B. Hayes, Mr. Evarts, se puso en pie de guerra contra el intervencionismo tripartito de los países del viejo continente e inició de inmediato una gestión para proteger los intereses de la Unión en el continente, intentando conseguir la paz entre las naciones beligerantes, para lo cual se puso en contacto con sus representantes en Santiago, Lima y La Paz.

Puede verse que, lejos de intervenir en favor de Chile, tanto Estados Unidos como Inglaterra aparecen comprometidos en intentos diplomáticos por devolver la paz a la región, al menos en esta etapa de la guerra; una paz que a todos convenía, pero recurriendo a mecanismos muy cuestionables para este propósito. En caso alguno actuaron dando razón a la acusación infundada de haber provocado o alimentado la hoguera de la guerra, como suele declarar con prepotencia el discurso de entreguistas y revanchistas.

Evarts dio instrucciones al Ministro Thomas A. Osborn en Chile, para iniciar acciones en este sentido, por lo que el representante se puso en contacto con el ministro yanqui en Lima, John Christiancy, contándole del interés chileno en alcanzar la paz pero a cambio de la cesión de Tarapacá. Para ello, se evaluó ofrecer alguna nave de guerra norteamericana como escenario de reuniones entre los representantes de los tres países en guerra para buscar la paz a través de la recuperación del diálogo. La propuesta fue formalizada a Chile el 6 de agosto, siendo aceptada tres días después.

Sin embargo, en una desacertada decisión, Christiancy salió de Lima sin consultar a Piérola y llegó a Santiago el día 26 de agosto, buscando reunirse secretamente con las autoridades de La Moneda, al día siguiente. La noticia llegó al Congreso, desatando una áspera polémica sobre la negociación que fue desmentida con cinismo por el gobierno, en un primer momento. En su lamentable entusiasmo y el de su compatriota Adams, representante en Bolivia, Christiancy se creyó capaz de interpretar la voluntad de ambos países aliados para negociar con Chile, dando por hecho que muchas de las condiciones a las que se llegara serían aceptadas de buenas a primeras por los caudillos. Entre otras ideas ilusas, suponía que La Paz quedaría satisfecha con el reconocimiento de la soberanía chilena en Antofagasta, a cambio de aceptar Santiago una confederación peruano-boliviana, idea original de Adams.

Pero el representante yanqui cometió un grave error al sincerarse demasiado, especulando de su propia cosecha e informando al Gobierno de La Paz que la intervención norteamericana no iba a ser mediadora, sino forzada, animado únicamente de su deseo de imponer la paz a toda costa, pues la situación de guerra no era favorable para nadie, como hemos dicho. Esto le fue comunicado desde Bolivia a la autoridad de Lima, despertando el exagerado optimismo de Piérola, quien lo creyó ingenuamente. El caudillo, entusiasmado con la creencia de que tenía a los Estados Unidos a su favor y dispuestos a la intervención coercitiva, presentó a Chile una serie de condiciones realmente descaradas y ridículas de negociación, que iban desde la devolución del "Huáscar" y la "Pilcomayo" hasta la reivindicación pacífica de los territorios conquistados por Chile, seguida de un pago de indemnización a ambos aliados (!).

Vemos así que Christiancy, lejos de acercar la paz, sólo consiguió hacer caer a todos en un dominó de equivocaciones y enredos, precipitando más aún el desarrollo de la guerra y la decisión chilena de avanzar hasta Lima, pasando por encima de esta bolsa de gatos.

La expedición de Lynch y el hundimiento de la "Covadonga" 

En este ambiente de presiones extranjeras, el cuartel central chileno ya había decidido forzar la rendición peruana que Piérola se resistía a aceptar tercamente, sin creer en las mediaciones internacionales.

El desastre del "Loa", hundido con un atentado explosivo en el Callao, había puesto de manifiesto el peligro que aún subsistía mientras no se doblegara completamente al Gobierno de Lima y, al contrario de lo que pensaban el Presidente Pinto y el Ministro Santa María, la guerra iba a extenderse mucho tiempo más, después de los triunfos en Tacna y Arica.

Pero el surgimiento de nuevos deseos de continuar con la lucha en el Perú, así como la aparición de las montoneras organizadas por el guerrillero cubano Pacheco Céspedes, el peruano Albarracín y el hijo del Presidente Prado, Comandante Leoncio Prado, abrían nuevas posibilidades de extensión del derramamiento de sangre y la lucha, motivando el envío de expediciones chilenas a Moquehua, el 19 de julio y el 1º de octubre, que culminaron en más escaramuzas.

Decidido a poner en marcha un plan para acelerar la rendición, el Comandante Patricio Lynch había propuesto en junio al gobierno la idea de enviar un contingente hasta la costa peruana, que avanzara por todos los valles azucareros transversales del país para ir cobrando tributos de guerra que, de no ser pagados, serían castigados con la destrucción y el fuego sobre las propiedades y haciendas. La idea fue aceptada, pues el Presidente Pinto siempre había tenido en consideración las hostilizaciones focalizadas como forma de acortar la guerra. Así, Lynch partió el 4 de septiembre de 1880 en dos transportes, a los que se sumó en Mollendo la "Chacabuco", realizando su famosa expedición destructiva de 2 mil hombres por Chimbote, Supe, Paita y Salaverry.

Pese a que los autores peruanos han demonizado la famosa expedición describiéndola como un saqueo colérico y criminal por

parte de las fuerzas chilenas, vale advertir que el Derecho Internacional de guerra de aquellos años aceptaba la práctica de los cobros de cupos y la destrucción focalizada destinada a mermar la capacidad del enemigo en el desarrollo de la guerra. Entre otros, el famoso tratadista y académico de origen venezolano Andrés Bello, lo había validado en su obra titulada "Principios del Derecho Internacional", cuya edición de 1864, última a la fecha, era objeto de consulta permanente entre las autoridades chilenas y el alto mando en esos momentos. De hecho, los propios miembros del Ejército peruano lo realizaron varias veces contra su propio pueblo, especialmente en la sierra, para evitar que los chilenos se aprovisionaran en los caminos.

Aunque los peruanos no perdonan a Chile -hasta hoy- esta campaña, el propósito central de Lynch era acaparar la mayor cantidad de cupos en dinero, especies o bien daños materiales, para acarrear la rendición en vista del peligro de empobrecimiento y daño a la economía. Además, muchos de los hacendados estaban dispuestos a acatar el pago de tributos, pero los peruanos suelen omitir el hecho de que Piérola había amenazado a varios de ellos con declararlos traidores y someterlos al rigor de las penas para este cargo si correspondían a los chilenos, como sucedió al azucarero peruano Dionisio Derteano, quien prefirió la destrucción de su compañía antes que desafiar al caudillo peruano.

Los grupos más agresivos del Perú, sin embargo, se negaron a rendirse e iniciaron una inusitada campaña diplomática contra Chile, precipitando una serie de protestas internacionales que fueron hábilmente explotadas en el contexto del afán intervensionista extranjero, liderado por Francia. La expedición de Lynch vino a cosechar indirectamente, así, amargos frutos gracias a la fuerte diplomacia peruana que, durante todo el conflicto, no había cesado de seguir buscando simpatizantes por el mundo. Aunque estaba pendiente la reunión organizada por Estados Unidos y ofrecida en agosto, a esas horas ya pocos creían en Chile en la vía de la salida pacífica. Se había enviado a Eusebio Lillo a Tacna precisamente para entenderse con Bolivia en una tregua y Pinto daba cada vez por más necesaria la toma de Lima, que exigían la opinión popular y la de los estrategas a coro. Las protestas internacionales no tardaron en llegar y Lynch las eludió sagazmente.

Pero, desatado ya el odio y la vesania contra los chilenos, el día 13 de septiembre dejaron una trampa explosiva similar a la que hundió al "Loa", alcanzando en esta oportunidad a la "Covadonga" en las cercanías del puerto de Chancay. Dos lanchas peruanas se habían aproximado, siendo una de ellas hundida. La otra comenzó a ser izada cuando explotó súbitamente, matando al Comandante Pablo S. de Ferrari y a otros 90 hombres. La "Covadonga" se hundió en sólo tres minutos.

Cabe señalar que ésta sí era una práctica criminal, totalmente reñida con los conceptos de los códigos de guerra, equivalente en nuestros días a un vulgar atentado terrorista cometido en anonimato y fuera de las normas básicas de la confrontación bélica.

Poco después, Piérola emplazó a su representante Gómez Sánchez para hacer un nuevo e ilusorio intento de reinteresar a Buenos Aires

en una alianza con el Perú, la que a esas alturas, con la escuadra peruana destruida, no era más que una quimera.

La conferencia del "Lackawanna". Las razones de su fracaso 

Mientras la expedición de Lynch aún no terminaba (duró hasta el 1º de noviembre), se llamó a la reunión secreta de octubre entre los tres países, a bordo de la corbeta norteamericana "Lackawanna", en la costa de Arica, el día 22. Por instrucciones del ministro norteamericano Osborn, los representantes Christiancy, Adams y él mismo se limitarían a actuar como observadores sin intervenir en el desarrollo de la conversación. El 8 de octubre, La Moneda había designado a Eulogio Altamirano, José Francisco Vergara y Eusebio Lillo para representar en Chile a la conferencia, a pesar de que este último no era partidario de las condiciones exigidas por el Gobierno. Perú escogió a Desiderio Arenas y a Antonio García y García. Por su parte, Bolivia envió a Mariano Baptista y a Juan Crisóstomo Carrillo.

Después de las presentaciones y protocolos de rigor, el encuentro fue tenso y significó una grave desilusión para los peruanos, que venían entusiasmados con las falsas expectativas creadas por Christiancy y Adams. Inmediatamente, Altamirano presentó por escrito sus puntos sin posibilidad de variación: la cesión de Tarapacá, el reconocimiento de la soberanía chilena en Antofagasta, la disolución de la alianza peruano-boliviana y el pago de $10 millones como indemnización de guerra, especialmente pedida para los miles de chilenos que fueron expulsados desde el Perú poco antes del estallido de la guerra. Mientras no se aceptaran estas condiciones, Chile mantendría retenidos los territorios de Tacna y Arica. La idea de los norteamericanos, como se observa, era terminar lo antes posible con el conflicto sin extender por más tiempo la situación y las negociaciones que saldrían colateralmente de los resultados bélicos.

Arenas comprendió perfectamente la delicada situación en que se encontraba su país. Con la calamidad de la guerra, la mermada economía cojeando desde aún antes de iniciado el conflicto, y con las cuantiosas deudas contraídas para continuar con la ilusa carrera armamentista necesaria para mantener la guerra, el Perú jamás podría haber reunido esa cantidad de dinero. La sola idea de la cesión de Tarapacá, además, iba a ser del rechazo generalizado del pueblo peruano, estimulado por falsas esperanzas de triunfo que la prensa venía predicándoles desde hacía más de un año, a pesar de los resultados reales en la contienda (incluso, hasta después de estos hechos, cuando se comunicó en Lima una "victoria peruana" en Miraflores). Pidió entonces una pausa para conversar con los bolivianos y decidieron en conjunto proponerle a los ministros chilenos una mediación con los Estados Unidos como árbitro, medida desesperada que sólo buscaba eludir la exigencia chilena.

Vergara sintió la evasiva aliada como un golpe bajo y terminó inmediatamente la reunión, alegando que Chile sólo negociaría directamente con los países enemigos y no con mediadores:

> *"La paz la negociará Chile directamente con sus adversarios, cuando éstos acepten las condiciones que estimamos necesarias para nuestras seguridad, y no*

> *entregaremos a otras manos, por muy honorables y seguras que sean, la decisión de su destino".*

Así, la conferencia de octubre, si bien reafirmó con claridad el evidente triunfo chileno, permitió que los aliados presentaran a Chile como el país conquistador e invasor que rechazaba ofertas de arbitrajes, dándole tiempo y excusas para continuar los preparativos del ejército del Perú. Los representantes norteamericanos, por su parte, quedaron estigmatizados por ambos lados con el cargo de querer beneficiar al bando contrario. Unos años después, García Calderón escribía en su libro "Mediación de los Estados Unidos de Norte América en la Guerra del Pacífico", que la actitud del mediador yanqui había sido *"desacertada, infecunda, parcial y amenazadora"*.

Desde todo punto de vista, entonces, el "Lackawana" fue un error que permitió a los aliados dar entrada a una serie de ofertas de arbitrajes internacionales, misma instancia que Perú y Bolivia habían rechazado tercamente en los tiempos en que se debatía la controversia de Atacama sin visos de solución o cuando la guerra ya estaba comenzado. El diputado y futuro presidente José Manuel Balmaceda, una semana exacta después de la reunión, le escribía al Coronel Cornelio Saavedra:

> *"La paz se fue al diablo, como merecía irse, pues fue ilusión de espíritus tímidos imaginársela posible en estas circunstancias. Los peruanos y bolivianos ganan diplomáticamente. Hay una gran diferencia en presentar al mundo la cesión de Tarapacá como anexión consentida y autorizada por un ajuste de paz y en presentarla como un conato de anexión que hará gritar "guerra de conquista". El hecho debía presentarse consumado, jamás como una tentativa frustrada, que enardecerá más la guerra y que nos presentará ante nuestros recelosos vecinos como un peligro cierto e inexcusable"*.

Por otro lado, confidencialmente los representantes bolivianos le reconocieron a Lillo su interés de terminar con la alianza con el Perú, que hasta entonces sólo le había reportado dolores y daños. La paz, en cambio, podía darle a Bolivia la oportunidad de obtener una salida al mar o al menos facilidades aduaneras y portuarias en Tacna. El representante chileno comunicó esta posibilidad inmediatamente a La Moneda, la misma tarde del 22 de octubre. Entre los bolivianos partidarios de esta vía, estaban Mariano Baptista, Aniceto Arce y Juan Crisóstomo Carrillo.

Más tarde, sin embargo, los mismos peruanos sabotearían esta alternativa, por instrucciones directas de Piérola.

Reacciones internacionales. Ofensiva argentina aplastada por Brasil

Una segunda oleada de presiones internacionales seguirían al fracaso de la reunión de octubre. Es en este punto donde la historia nos permitirá advertir quiénes fueron los verdaderos amigos de Chile durante el conflicto, cumpliendo con una de las mas célebres sentencias de Napoleón Bonaparte (*"Nunca sabréis quiénes son*

vuestros amigos hasta que caigáis en desgracia") y tapando con tierra la tumba de los más delirantes e insensatos discursos americanistas que hasta entonces se oían y que aún siguen haciendo eco. Veremos que Chile logró liberarse de todas estas presiones odiosas que sólo intentaban salvaguardar intereses comerciales y financieros de grueso orden.

Al ver la destrucción de la escuadra peruana y temer que, al no tener más enemigos en el Pacífico, Chile arremetería contra Argentina por el asunto de la Patagonia, aprovechando la superioridad militar, el casi tercer miembro de la Alianza también echaría manos en la cadena intervencionista que Buenos Aires había venido observando con viva atención.

Presa de las mismas confusiones que los ministros norteamericanos provocaron en los peruanos en relación a las expectativas de la reunión de Arica, la diplomacia argentina quedó con la idea de que los Estados Unidos intervendrían por la fuerza el desarrollo de la guerra, permitiendo que Tacna, Arica y Tarapacá regresaran a Perú y que Antofagasta fuese incorporado a Bolivia de manera definitiva. En otras palabras, dejar las cosas casi en las mismas condiciones que un día antes de la guerra.

Se comprenderá, entonces, el estupor causado en Buenos Aires por la noticia del fracaso de la reunión de Arica, ante lo cual el Ministro Bernardo de Irigoyen, que había vuelto a la Cancillería, dirigió una nota al representante argentino en Rio de Janeiro, don Luis L. Domínguez, para que convenciera al Brasil de presentar una propuesta común de arbitraje con la Argentina frente al problema de Chile, Bolivia y Perú.

En una retórica que indigna por su falta de ética, el 9 de noviembre Irigoyen intentó esconder sus intenciones con un hálito del sentimentalismo fraterno y americano al que la misma Argentina había renunciado con arcadas de repulsión en 1866, cuando Chile le rogó inútilmente la entrada a la alianza en favor del Perú en la guerra con España. Omitiendo de paso su adhesión a la Alianza, escribía a la Legación carioca:

> *"El gobierno argentino vio con verdadero pesar la ruptura de la paz en el Pacífico...* (el final) *es reclamado por los sentimientos americanos y por los verdaderos intereses de la humanidad"*.

Y en un segundo intento, valiéndose de los mismos artilugios, escribió al día siguiente una nota donde declara, con extraordinaria hipocresía, refiriéndose a la exigencia de La Moneda sobre Tarapacá:

> *"La república Argentina y el Brasil profesan principios que no se armonizan seguramente con las pretensiones atribuidas al gobierno de Chile en las negociaciones de Arica"*.

Como también lo ha hecho en otras ocasiones de la historia Perú, la Argentina recurría en esta ocasión al recurso de invocar el nombre del Brasil -la nación más poderosa y temida de América del Sur- para intentar amedrentar a Chile y a la espera de ciertos beneficios o respetos. Pero, para desgracia del Plata, la verdad era que el Brasil

conocía perfectamente la psicología de las autoridades argentinas tras haber frustrado, por ejemplo, el intento de anexión total del Paraguay que la Argentina había buscado especialmente al final de la Guerra de la Triple Alianza y más allá de las excusas de indemnización de guerra, sólo unos cuántos años antes.

Enterado de estos sucesos, Rio de Janeiro comprendió de inmediato que la intención de Argentina era quitarle a Chile todos sus logros de guerra, por lo que -en un acto de honestidad que hasta el día de hoy Chile le debe al Brasil- el ministro de Ytamaraty, Canciller De Souza, se negó a contestar las notas de Irigoyen y, en su lugar, comunicó confidencialmente a la Cancillería de Chile la propuesta que le había formulado la Casa Rosada.

Esta información fue fundamental para que Vergara decidiera acelerar la rendición del Perú con la toma de Lima. Así, el día 20 de noviembre desembarcaba al Sur de la capital peruana, en Pisco, la 1ª División chilena al mando del General Villagrán, cambiando poco después al mando del propio Lynch, con la orden de avanzar hacia Lurín.

Ignorante de la voluntad brasileña, el 16 de noviembre Irigoyen informó muy optimistamente al Perú, a través del ministro en Lima, de las condiciones de arbitraje conjunto que le había propuesto al Brasil, creyendo que serían aceptadas e impuestas con éxito. Erradamente, suponía también que las oportunidades dadas por la Cancillería del Brasil para que se explayara en sus exposiciones eran parte de algún interés en acoger la propuesta, la que en realidad estaba descartada desde el principio en la conciencia del país carioca.

Para la segunda semana de diciembre, en tanto, ya desembarcaban en Chicla las divisiones 2ª del General Emilio Sotomayor y 3ª del Coronel Pedro Lagos. Todo estaba preparado para el avance hacia Lima.

La presentación final argentina se realizó el día 25 de diciembre, cuando Domínguez dejó en la Cancillería las bases del arbitraje, a todas luces perjudiciales para Chile. Dos días después se producía el Combate del Manzano, donde parte de la Compañía Curicó, al mando del Capitán José Barahona, atacó por la noche a la Caballería Rímac, al mando del Coronel Sevilla, expulsándolos de la zona.

Brasil había prometido a la Casa Rosada una respuesta para fines de enero del año siguiente, pero en la espera, la legación carioca en Santiago reiteró la necesidad de que Chile acelerara el desbaratamiento del gobierno peruano como única forma de terminar con la guerra y las intentonas argentinas.

Esto explicará muchas de las cosas que sucedieron en aquel mes de 1881, como veremos.

Intervencionismo franco-británico. Más lealtad alemana a Chile

Por su parte, al enterarse del fracaso de la conferencia del "Lackawanna", el jefe del gabinete francés Ministro Saint James,

también creyó urgente tomar su lugar en el campeonato de intervencionismos y preparó una ofensiva diplomática de proporciones en contra de Chile.

Como se recuerda, los negocios del Perú con prominentes banqueros franceses y el exceso de créditos que otorgó en las guaneras -que no alcanzaron a cubrir los compromisos con los inversionistas y con la Casa Dreyfus- habían arrastrado a las autoridades francesas casi naturalmente al intervencionismo compulsivo en el conflicto, en favor de los aliados. Entraremos a estudiar, así, a una de las etapas más graves de las presiones diplomáticas extranjeras que discurrieron durante la guerra y que la historiografía oficial del Perú se niega a reconocer casi unánimemente: la ayuda francesa.

Hacia mediados de 1880, Saint James realizó un llamado a los ministros de Gran Bretaña e Italia pidiendo directamente la intervención dura y directa en el desarrollo del conflicto. Aunque su interés sin duda era establecer condiciones favorables para la capitulación peruana, también disfrazó sus intenciones con arengas de paz y antibelicismo. Los ingleses, esos supuestos "aliados secretos" de Chile según alegan los historiadores peruanos, fueron los primeros en acusar entusiasmo: El día 3 de diciembre, la embajada británica en Berlín presentó a la Cancillería alemana una propuesta similar a la que se había sugerido antes de la expedición de Lynch, en el sentido de arbitrar sobre las causas mismas de la guerra y mediar las condiciones de la paz. Sabían que la aprobación alemana a la intervención iba a ser el escollo más difícil de salvar, pues la adhesión francesa e italiana ya se daba por hecho.

En efecto, la férrea posición alemana en favor de Chile y de sus razones en la guerra, sin violar la estricta neutralidad, golpearía con fuerza esta nueva intentona diplomática. Como se recordará, esta actitud no se dio sólo por los meros intereses comerciales alemanes con Chile, como algunos sugieren intentando explicar confundidos tanta fidelidad, sino por una sincera proximidad manifiesta incluso en el enrolamiento voluntario de varios ciudadanos teutones en las fuerzas chilenas una vez iniciado en conflicto, como fue el caso del joven Otto von Moltke, quien vivía en el país desde 1876 y se integró como subteniente en el artillería de marina, luchando después en Tarapacá y Tacna con un heroísmo notable, siendo ascendido a Capitán y entregando su vida en Chorrillos.

Por instrucción directa del Gobierno de Von Bismark, la Cancillería germana declaró su tajante negativa al proyecto intervencionista y agregó:

> *"Una intervención siempre tiende a inclinarse a favor del vencido cuando, como en el presente caso, uno de los beligerantes abiertamente es el vencedor, y sería escabroso faltar tan sólo a la apariencia de imparcialidad"*.

Afortunadamente, Chile ya estaba advertido y el día 26 de diciembre Lynch y sus hombres llegaban a Lurín para iniciar, en los días venideros, la ofensiva sobre Chorrillos y Miraflores, las dos antesalas de la entrada a Lima. Hoy se sabe que Francia llegó, inclusive, a

planificar una intervención militar directa sobre los países beligerantes, esperando ayuda de otras potencias en tal proyecto.

Terminaba, de esta manera, el breve período de tregua y negociaciones; pero no sería el fin de las intervenciones.

Como se observa, todas las intentonas que veladamente buscaban atropellar los principios de la neutralidad, fueron debilitados gracias a la responsabilidad de países como el Brasil y Alemania, ambos injustamente injuriados por los dogmas internacionalistas del globalismo y del nuevo orden en períodos posteriores de la historia, por alguna casualidad, del mismo modo que la diplomacia peruano-boliviana y sus simpatizantes lo hicieron con Chile en torno a esta guerra.

El camino hacia Lima: la batalla y la destrucción de Chorrillos 

Advertido por el Brasil y arrastrando el fracaso de las negociaciones de tregua, Chile planificó un golpe final al Gobierno de Piérola y un avance a Lima que la presión popular venía clamando desde hacía tiempo en Santiago, para lo cual el cuartel de guerra organizó tres divisiones completas (con artillería, infantería, caballería, estado mayor, etc.), sumando unos 23 mil hombres.

El gobierno peruano, por su parte, había aprovechado el período de conversaciones para continuar armándose y fortificando su territorio. Acumuló cerca de 20 mil soldados en Lima, más una reserva de 13 mil hombres para su segunda línea de defensa. Pero, conciente de que la entrada chilena sería por el Sur, organizó enormes líneas de defensa en las aldeas costeras de Chorrillos y Miraflores, a poca distancia de la capital. Sin embargo, y a pesar de las minas, ametralladoras y cañones, la larga posición de 16 kilómetros era estrecha y podía ser factible de penetrar. Lynch aguardaba desde fines de diciembre en Lurín para avanzar sobre estos dos puntos. Por la posición geográfica de los pueblos, el primero en caer debía ser Chorrillos.

En reunión de los primeros días de enero de 1881, en el campamento, el General Baquedano propuso que el enfrentamiento fuese de división a división: cada una de las peruanas sería atacada en lo posible por una chilena. Desde la costa hacia el Este, las divisiones peruanas empezaban en el peñón conocido como Morro Solar, seguido más abajo por la división de "Santa Teresa". Entre estas dos debía romperse la línea de defensa por la 1ª División al mando de Lynch, secundada por la reserva. Siguiendo hacia el interior, la tercera división peruana fue identificada como la de "San Juan", correspondiendo a la 2ª División de Sotomayor enfrentar esta posición. Finalmente, continuaban en las posiciones la "Pamplona", que debía romper la 3ª División al mando de Lagos.

La tarde del 12 de enero de 1881, las divisiones chilenas avanzaron hacia la línea de defensa que, poco antes, el observador francés Petit Thouars había visto exclamando: *"¡No hay ejército que pueda tomarse esto!"*. Y en un extraño presagio que anticipó la gloria chilena, había llegado por esos días de vuelta el estandarte del 2º de Línea, recuperado después de la Toma del Morro de Arica.

A las 5 de la mañana del día 13, comenzó el combate no sin un traspiés, pues un atraso en la entrada de la 2ª División permitió que la división de Cáceres alcanzara a atacar a la 1ª División chilena, obligando a actuar a las reservas que le seguían. Cuando la división de Sotomayor entró, sin embargo, reventó las líneas del "San Juan" clavando la bandera chilena ante el asombro peruano, acción que habría ejecutado el Sargento Daniel Rebolledo, del Buin.

El desorden comenzó a apoderarse del campo de batalla y los batallones Esmeralda y Chillán avanzaron sobre Chorrillos al romperse la línea peruana, tras unas horas de combate. Al mismo tiempo, los Granaderos del Comandante Yávar y los Carabineros de Yungay de Bulnes avanzaron sobre las tropas dispersas. Lamentablemente, en esta acción cayó fulminado Yávar, que corría al frente de la caballería tras el enemigo. Por su parte, Lynch se arrojó con todo en una embestida contra "Morro Solar" y, a medio día, el Comandante Soto izaba la bandera chilena sobre el peñón.

A continuación, los chilenos avanzaron luchando durante tres horas entre las construcciones de Chorrillos. Muchos tiradores se habían subido a ellas para disparar desde sus ventanas y techumbres, por lo que se prendió fuego a las residencias donde se encontraban.

La batalla fue atroz, de un desorden increíble. Miles de peruanos aprovecharon de saquear la ciudad y prender fuego también a las más bellas construcciones, propietadas por importantes aristócratas de la época. Fue una guerra "puerta a puerta". En una carta dirigida desde Lima a su padre en Santiago, el oficial Salvador Soto del escuadrón Cazadores a Caballo y, además, corresponsal de "El Estandarte Católico" y de "Los Tiempos", escribe el 21 de enero siguiente: *"En Chorrillos tuvimos que correr como rayos, tras los derrotados, que emprendían fuga por los potreros y las calles del pueblo"*.

Como era de esperar, sin embargo, los autores peruanos se han apresurado en responsabilizar a los chilenos de la destrucción e incendio de la ciudad. En visitas turísticas, los guías suelen narrar hoy día fantásticas historias estremecedoras de niños y mujeres defendiendo con sus últimas fuerzas el balneario, ante la ferocidad criminal "mapochina". De acuerdo al Derecho Internacional de Guerra, sin embargo, el daño fue responsabilidad directa de los jefes militares peruanos que escogieron a Chorrillos como escenario de batalla, llegando a minar sus calles para tal efecto, según lo confirmaría el informe del Plenipotenciario Eulogio Altamirano, dirigido a La Moneda, basado a su vez en partes de Baquedano y de los oficiales extranjeros.

El intento de armisticio y la batalla de Miraflores. ¿Quién violó la tregua?

En la mañana del día 15 de enero de 1881, el cuerpo diplomático en Lima, respondiendo a las gestiones de Vergara, se reunió con Baquedano pidiendo fin a las hostilidades para poder sentar las bases de la paz en vista de lo sucedido en Chorrillos. El General exigió la entrega del Callao como condición de paz, y las fuerzas acordaron un armisticio con cese de fuego hasta la medianoche.

Pero Piérola sólo ganaba tiempo, pues tenía otros planes muy distintos. En su necesidad explicar la derrota, había declarado que *"Chorrillos sólo ha sido una operación estratégica para después defender Miraflores"*. Su agente Bustamante, en Bolivia, logró ahogar los intentos de Baptista y Carrillo por alcanzar la paz y salir de la Alianza, pues el caudillo peruano planeaba desplazar las guerrillas hacia la zona cordillerana, en caso de no poder evitar el avance chileno a la capital, para lo cual esperaba el apoyo altiplánico en cumplimiento del Pacto de Alianza que aún seguía vigente pero incumplido por los bolivianos tras abandonar a las fuerzas peruanas con la victoria chilena en el Campo de la Alianza.

Vana ilusión fue esperar que los peruanos acataran este plazo, entonces. Apenas se comprometieron a acatar la tregua, aprovecharon de reorganizarse y, cerca de las 2 de la tarde, atacaron a mansalva a Baquedano y un grupo de sus hombres, cuando éstos avanzaban cerca del frente peruano en Miraflores, canallada que casi alcanzó la vida del General, de no ser por la acción heroica de hombres de la 3ª División que repelieron como pudieron el ataque. Simultáneamente, los cañones peruanos comenzaron a disparar contra la Escuadra chilena, lo que desmiente el mito de los historiadores peruanos respecto de que habría sido Chile el que rompió el acuerdo, ya que se evidencia una organización coordinada de parte de Perú para reiniciar las hostilidades.

Este incidente desató instantáneamente el combate en momentos en que los chilenos se encontraban absolutamente dispersos, situación que fue hábilmente aprovechada por el Coronel Cáceres para atacar a los hombres de la división de Lagos, que estaba más al frente. Para no ser alcanzada, la artillería retrocedió en medio de una granizada de disparos de fusiles y cañones peruanos.

Una hora de infierno vivió esta valiente división, sola en el frente contra la masa peruana, hasta que Lynch y los de la 1ª División se arrojaron sobre el 2º cuerpo de Suárez, y Sotomayor con los de la 2ª División lo hizo contra el 3º de Dávila, ambos por el Este. La furia y el deseo de venganza por lo que consideraron una traicionera acción, hizo que hasta la reserva del Coronel Arístides Mardones se arrojara con ira sobre las posiciones enemigas, apoderándose del fuerte "Ugarte".

Para empeorarle a los peruanos el pago, de improviso apareció en la costa el "Cochrane" de Latorre y el "Huáscar" de Condell, que arremetieron desde la distancia contra la línea de defensa peruana de Miraflores. En medio de caos, la 1ª División de Lynch y la Brigada Barbosa destruyeron las últimas posiciones, aplastando la defensa peruana. Los sables de los Carabineros de Yungay terminaron de arrasar al enemigo, dejándolos confundidos y dispersos. Los chilenos habían vuelto a ganar, en el penúltimo peldaño del camino a Lima.

Hipólito Gutiérrez, en "Crónica de un Soldado de la Guerra del Pacífico" (Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S.A., pág. 82 a 83), escribe con su lenguaje popular y modesto sobre este episodio, pero desde su condición de testigo privilegiado:

> *"Las balas que tiraban de San Cristóbal alcanzaban cerquita de nosotros. Ai estábamos parados como cinco o seis minutos cuando hemos visto mis al norte que venia la gente nuestra de a pies y de (a)caballo arran (can) do para donde estábamos nosotros y la zalagarda que no se entendía dijendo: -iCarros blindados, carros blindados!. Y llega un jefe del Estado Mayor y los dijo: -Vamos andando el Chillán que vienen carros blindados con cañones de Lima. Nosotros miramos y veimos venir una máquina que no se alcanzaba a destinguir bien porque el sol se habia dentrado, y seguimos para la linia a ponerlos en unas muralas que cerca estaba de la linia a esperar la máquina para darle fuego y otros a cortar la linia, le alcanzaron a sacar dos rieles y cuando hemos sentido unos bombazos de nuestra escuadra en la mar que les tiró a la máquina. Pasaban las balas cerquita de nosotros que se los abria el corazón de gusto y veimos que le acertó a la máquina en la frente que chipió donde le dió la bala y no avanzó más, aí mismo quedó humiando, y luego les tiró otro bombazo la escuadra, ese cayó en Miraflores encima de las casas porque al poco rato lo veimos incendiarse el pueblo y quedó la cosa en sosiego. Nosotros no los movimos de ahi, ai mismo alojamos. Hay muchos heridos y muertos, chilenos y cholos. Esta traición tan grande de que los hicieron estos cholos traicioneros del andar pidiendo las paces para pillarlos descuidados y mi ge (ne) ral que se confió tanto, pero como los chilenos que somos andamos a la buena si peliamos peliamos a pecho descubierto, no como estos traicioneros y maricones cholos que no andan no más que con traiciones, atrincherados y torpedos y polvorazos, pero de nada les sirve, todo es en vano, para el chileno todo se abarraja y todo se desarma porque no hay temor ni se vuelve las espaldas, ¡viva Chile!"*

Más de 2 mil cadáveres chilenos quedaron tendidos en el campo de la nueva victoria "mapochina", entre ellos, el Segundo Comandante del Caupolicán, Mayor Ramón Dardignac. También cayó el Comandante Juan Martínez. La osadía había tenido para los peruanos, sin embargo, costos enormes, bordeando los 12 mil muertos.

En la citada fuente, Gutiérrez agrega sobre el fúnebre ambiente después de la batalla (pág. 83-84):

> *"Al otro dia amaneció muy en sosiego. Nosotros estuvimos como hasta la once del dia, nosotros todavia no estamos seguros de no peliar porque nada sabiamos. Salimos de ai a otro campamento a la derecha de Miraflores. ¡Qué hallar tanto muertos por donde ibamos de chilenos que daba pena del ver! Ai fué la más mortandá que hubo de chilenos por la traición que hicieron. Para más al norte estaban los cholos italianos hechos pila. Esto fue el dia 16. Estuvimos toda la tarde en una quinta haciendo que comer. Y las máquinas no cesaban de venir de Lima para Miraflores adonde estaba mi Ge (ne) ral. Venian con banderas blancas de paz. Nosotros deciamos: -Vendrán a pedir las paces. Como*

> *que era asi que venian a pedir las paces y no podian conseguir con mi General por la traición que habian hecho ese otro dia. Y los ministros les contestaban del que ellos no tenian la culpa sino que Piérola era todo el motin y ya no estaba y se habia man (d) ado a cambiar y Lima estaba rendida y el Callao tambien. Esto lo supimos al otro día. Esa tarde estábamos comiendo cuando se ha estremecido la tierra como cuando tiembla y ha rebentado un destruendo tan que quedó estremeciédose toda la tierra allí cerca como a diez cuadras y era un polivorazos que andaban rebentando los italianos porque mi General los habia amenazado que si nos rebentaban los polvorazos que habian y yacían algún daño en el ejército concluía con ciudad de Lima y ellos de temor que no 1lo hiciera asi mi General andaban rebentando cuanto polvorazo había".*

Ya nada podía detener el avance de los chilenos a la capital del Perú.

Mito peruano de Petit Thouars salvando la capital peruana 

Otro de los mitos más difundidos en el Perú es la de una supuesta intervención del citado observador internacional, el almirante francés Abel Bergasse du Petit Thouars, en favor de Lima y salvándola del salvajismo chileno al disponer todos los navíos franceses anclados en el Callao para atacar a las fuerzas chilenas en caso de que estos cometiesen excesos y tropelías contra la capital peruana. A pesar de que no existe ningún documento o testimonio directo que confirme esta curiosa afirmación, el autor peruano Vargas Ugarte llega a aseverar con propiedad:

> "(Petit Thouars) *advirtió al general Baquedano que, de no ser respetada la ciudad y sus pobladores, los cañones de sus naves romperían los fuegos contra los barcos chilenos"*.

Sin embargo, tan falta de sustento documental es esta afirmación, que sólo puede sospecharse de una vulgar treta para emporcar o minimizar el triunfo chileno que hizo caer Lima, idea que parece tener origen en tergiversaciones de informes presentados por el cronista italiano Tomás Cavaino, reinterpretados por autores peruanos como Mariano Felipe Paz Soldán. El patriotismo herido de los historiadores del Perú terminó de hacer el resto.

La historia es otra, sin embargo.

Poco antes de la batalla de Chorrillos, el almirante inglés Frederick H. Stirling dio instrucciones al Capitán de Fragata William A. Dyke Acland para que, si los chilenos destruían la ciudad y atacaban propiedades privadas de extranjeros, protestara enérgicamente. Stirling daba por hecho que Lima caería irremediablemente a manos de los chilenos y su preocupación era sólo por los súbditos europeos. Sin embargo, Stirling no confirma los relatos de terror que los autores peruanos adjudican en tono inquisitivo a los chilenos como causa de las preocupaciones de los observadores extranjeros.

Buen conocedor del historial que el Ejército de Chile llevaba hasta ese momento, agrega en su nota a Acland:

> *"Dada la disciplina del Ejército chileno y la manera en que hasta el momento ha respetado la propiedad privada y neutral, esperamos que, así como en el pesado, en el futuro no ocurra destrucción desenfrenada".*

Petit Thouars, por su parte, manifestó también el temor de que la ocupación de Lima involucrara atropellos al derecho de propiedad de sus compatriotas, ya sea en manos de chilenos o de peruanos. Sin embargo, tampoco confirma los adjetivos terroríficos que la historiografía oficial peruana busca imputar a los chilenos, señalando por el contrario:

> *"Desde el comienzo de las hostilidades los chilenos han cometido excesos, pero son comparativamente más disciplinados, sus jefes tienen un deseo incontestable que concuerda con su interés de no suscitar reclamaciones a los neutrales".*

El italiano Sabrano, adhirió a las reservas de Petit Thouars y Stirling, y entre los tres ya estaban tomando medidas preventivas en el Callao para resguardar la integridad de sus respectivos paisanos, desde noviembre de 1880. precisamente en esos días cobraba cuerpo un nuevo plan del intervencionismo de Francia, Inglaterra e Italia, como veremos.

El 15 de noviembre, había tenido lugar una reunión en la Legación inglesa, entre los diplomáticos y los jefes navales británicos, acompañados de otras autoridades extranjeras. Stirling declaró allí que había comunicado a los jefes chilenos que *"cuando entraran a Lima, si ellos atacaban a las legaciones o a los neutrales en general, él habría de capturar y hundirles la flota"*. En un papel mucho más secundario que el asignado por los autores peruanos, Petit Thouars adhirió a esta propuesta, agregando que si se veían involucradas propiedades o ciudadanos extranjeros, harían *"sentir que nosotros en caso necesario les cortaríamos la retirada de su ejército destruyendo su marina"*. Inmediatamente, Saint John, Vorges y Tezanos partieron a reunirse con los jefes militares chilenos Baquedano y Vergara, exigiendo garantías para sus compatriotas en Miraflores y Lima.

Conocidos los resultados de Chorrillos, se realizó en la residencia del embajador alemán en Lima otra reunión de representantes del cuerpo diplomático, asistiendo el embajador inglés Spencer Saint John, el francés M. de Vorges y el salvadoreño Jorge Tezanos Pinto. La intención era impedir que la caída de la capital acarreara un baño de sangre, así que se dirigieron a hablar con el Presidente Piérola en Miraflores, para convencerlo de firmar la paz, situación que, como vimos, sólo fue aprovechada por el caudillo para intentar sacar ventajas.

Saint John manifestaba aprecio a los gestos chilenos de haber devuelto prisioneros, sentimiento que los peruanos castigaron con un odio visceral hacia su persona y una profunda desconfianza. Sin embargo, temía que pudiese repetirse la destrucción ocurrida en Chorillos, según informó al *Foreign Office* el 22 de enero de 1881. Baquedano garantizó poder cumplir con esto, siempre y cuando

Lima no fuese convertida en campo de batalla, situación ante la cual sería imposible prometer completa integridad, precisamente recodando lo ocurrido en Chorrillos. A pesar de esta acotación, su palabra bastó para convencerlos y el representante italiano informó a su gobierno que el cuerpo extranjero había advertido a Baquedano de que, ante abusos injustificados, se darían *"instrucciones de proveer a la salvación de los neutrales con todos los medios de que pudiesen disponer"*. Gran parte de estos datos están disponibles en el trabajo de Celia Wu Brading, titulado "Testimonios Británicos de la Ocupación Chilena de Lima".

Como se observa, es un error garrafal de parte de los libros peruanos, el dar a entender que estas medidas tenían por objeto proteger a los nativos limeños, cuando se advierte claramente que el interés europeo se limitaba a cuidar la integridad de sus súbditos residentes en Lima, "*a los neutrales en general",* a *"la salvación de los neutrales"*, según las palabras textuales de los protagonistas. También perece impropio adjudicarle a Petit Thouars esta supuesta intervención, cuando se ve que fue concebida en realidad por el británico Stirling, pudiendo especularse que la transposición se debería a la necesidad de los autores peruanos de presentar eternamente a los ingleses como autores intelectuales de la guerra al lado del enemigo chileno, en otro de sus más extendidos mitos. Recordamos que, en esos años, las relaciones entre el gobierno peruano y la diplomacia francesa no eran cordiales y se reducían casi exclusivamente a los fuertes intereses de Francia los negocios de explotación minera en Tarapacá. Pesarían, por ejemplo, el incidente del 13 de enero de 1881, cuando la Legación francesa fue asaltada por policías peruanos que buscaban allí al ex Ministro Riva Agüero, acusado de traición, a pesar de que el embajador Vorges había advertido al Presidente Calderón que allí no estaba. El grave suceso estuvo a punto de terminar en ruptura diplomática.

Por otro lado, las flotas extranjeras en el Callao eran en su mayoría barcos de bajo fuego destacados sólo para actividades veedoras y pacíficas, en calidad de neutrales. Salvo por el "Victorieuse" francés, ninguno estaba a la altura del "Blanco Encalada" y del "Cochrane" chilenos, o del ya incorporado "Huáscar", por lo que difícilmente hubiesen tenido posibilidades reales de hundir la flota chilena en una supuesta necesidad de "salvar" Lima. Saint Johns reconoció que Baquedano había informado a todos los neutrales, después de Miraflores y en el período de la supuesta intervención de Petit Thouars, que bombardearía Lima si ésta no se rendía incondicionalmente, pues estaba decidido a castigar y no soportar más acciones arteras y traicioneras como la ruptura del cese de fuego recientemente acontecida. La amenaza europea, por lo tanto, era más bien por las consecuencias diplomáticas que un incidente de estas características pudiese tener, mas no para impedir realmente la destrucción de la ciudad peruana. Sergio Villalobos asegura incluso que, de hecho, pudo tratarse sólo de *"bravatas e impulsos de la paranoia arrogante, característica de los hombres de armas y de los europeos frente a naciones débiles"*.

El origen del mito del almirante francés parece estar en un relato del italiano Cavaino, aparecido en su obra "Historia de la Guerra de América", libro que escribe contratado por el Gobierno del Perú. Según él, tras la reunión en que Baquedano decide tomar Lima, los representantes de países neutrales exigieron que no se dañara la

ciudad, amenazando con bombardear la flota chilena. Sin embargo, a la hora de verificar el origen de cuento, el mismo autor admite basarse en rumores que corrían por Lima seis meses después de ser tomada por los chilenos:

> *"...quizás no existirá documento alguno oficial, que refiera genuinamente estas negociaciones; pero era voz pública en Lima, cuando nosotros estuvimos allí en julio de 1881, y nos fue confirmado por personas que podía saberlo... Como es natural, sin garantizar semejante noticia, nosotros la referimos como es, como una simple voz corrida en el público, del cual recogimos sin titubear, por los muchos visos de verdad que nos pareció descubrir en ella, porque se halla admirablemente de acuerdo con las muy significativas palabras, con las cuales el ministro de Italia en Lima concluía la nota oficial en la que informaba a su gobierno de tales hechos; y que dice así: "Resulta de esta sucinta relación, que la salvación de esta capital se debe únicamente a la intervención del cuerpo diplomático"."*

Tiempo después, en enero de 1882, Petit Thouars recibió de la sociedad femenina de la aristocracia peruana, las "Señoras de Lima", una carta que suponían que su intervención había salvado la ciudad de los chilenos, haciéndole llegar el *"elocuente testimonio de nuestro vivo reconocimiento por vuestros nobilísimos esfuerzos, mediante los cuales librásteis a esta ciudad de la saña de nuestros enemigos"*. El orgulloso francés respondió en febrero siguiente, desde Toulon, pero jamás les corrigió estas ideas imprecisas ni aclaró el carácter real de su participación en las medidas iniciadas por Stirling, dando pie al mito peruano de su heroico servicio. Lo curioso es que, a penas unos meses antes, las mismas Señoras de Lima habían entregado una medalla de agradecimiento a los ex miembros de la Guardia Urbana Extranjera en 1881, una suerte de brigada de extranjeros que se improvisó para contener y sofocar los desmanes provocados por los alzados peruanos hasta la llegada de los chilenos a la ciudad, según veremos. Esta elocuente evidencia puede ser observada dentro de las valiosas piezas de la colección del investigador chileno y experto en la Guerra del Pacífico, Marcelo Villalba Solanas.

Agregando más extravagancias al mito, Ismael Portal escribe que Petit Thouars había declarado a la religiosa Herasie Paget, superiora de la Congregación de los Sagrados Corazones y compatriota suya, en tono de superhéroe: *“Madre, vengo a salvarla, a salvar este centro, esta ciudad, esta tierra que tanto amo”*. Otras apasionadas ediciones del diario "El Comercio" de mayo de 1931 terminaron de cristalizar el mito, aunque evidenciando que amplios sectores de la intelectualidad limeña no estaban para nada de acuerdo con los laureles colocados en torno al nombre del marino francés.

Hasta un monumento le fue erigido en Lima, como muestra de gratitud a este episodio, a pesar de que su leyenda contradice en gran medida las historietas de terror que los propios peruanos hacen circular en sus libros de historia sobre la supuesta brutalidad y ferocidad chilena que, de todos modos, habría tenido lugar durante la ocupación de la ciudad.

Lima es declarada "ciudad abierta". La pacífica ocupación chilena

El golpe moral que significó para la autoridad del Perú la caída de Chorrillos y Miraflores fue como un verdadero cataclismo, que los jefes militares no pudieron soportar. Piérola, íntimamente destruido, abandonó Lima esa misma tarde, acompañado sólo de un puñado de amigos y se refugió en las inmediaciones.

Fue en este intertanto que se iniciaron los saqueos y las tropelías de Lima, cuando los chilenos aún no llegaban a la ciudad, pues al quedar Perú acéfalo, soldados y civiles peruanos se lanzaron en una repugnante fiesta de desmanes con la excusa de no dejar nada de valor al alcance del enemigo invasor. Saquearon todo cuanto pudieron, robaron los mercados, los edificios públicos, bodegas con alimentos, las casas aristocráticas y les prendieron fuego, señalando tendenciosamente, en nuestros días, que fueron los chilenos los culpables de tales saqueos y que las piezas de mayor valor perdidas en estas tropelías se encuentran hoy día en Chile como objetos pretendidamente traídos desde la capital peruana.

No contentos con la salvajada, al enterarse de que esclavos chinos de las guaneras peruanas o *"coolies"* se habían enrolado voluntariamente en las tropas chilenas, tras ser liberados por el Ejército en su avance por Atacama y Tarapacá, la turba avanzó hacia las barriadas de ciudadanos chinos y asesinaron a cerca de 300 de ellos. Continuaron la jornada de destrucción violando a sus propias mujeres y, hacia la noche, terminaron de llevarse lo que quedaba en casas y palacios abandonados. Fue en este punto cuando los extranjeros residentes en Lima organizaron la mencionada brigada de emergencia para detener a los coléricos soldados y montoneros peruanos, matando a unos 2 mil de ellos. En tanto, casi todos los navíos del Callao fueron hundidos y quemados, y las fortificaciones del puerto fueron destruidas.

Ante este panorama de anarquía extrema, cerca de la noche del 17 de enero de 1881 se rindió formalmente el alcalde limeño, don Rufino Torrico, presentándose personalmente ante los chilenos para solicitar la toma de la ciudad y la restitución del orden, acción que, con ignorancia y patriotería, algunos autores peruanos jamás le han perdonado acusándolo de traidor, sin ofrecer alguna idea siquiera de qué otras posibilidades podría haber tenido Torrico para hacer imponer el orden en la ciudad.

Decía en su carta entregada al jefe del cuartel militar chileno:

> *"Sr. General:*
>
> *A mi llegada ayer a esta capital, encontré que gran parte de las tropas se habían disuelto, y que había un gran número de dispersos que conservaban sus armas, las que no había sido posible recoger. La guardia urbana, no estaba organizada y armada hasta el momento; la consecuencia, pues, ha sido que en la noche los soldados, desmoralizados y armados, han atacado las propiedades y vidas de gran número de ciudadanos,*

causando pérdidas sensibles con motivo de los incendios y robos consumados.

Con estas condiciones, creo de mi deber hacerlo presente a V. E. para que, ofreciendo la situación, se digne disponer lo que juzgue conveniente.

He tenido el honor de hacer presente al honorable cuerpo diplomático esto mismo, y han sido de opinión que lo comunique a V. E. como lo verifico.

Con la expresión de la más alta consideración, me suscribo a V. E.

Su atento y seguro servidor,

R. Torrico"

Contrariamente a lo que peruanos y entreguistas alegan ciegos de odio contra el Ejército de Chile, con cuentos de saqueos y muertes, las tropas del Buin, 1º de Línea, entraron ese día 17 de enero de 1881 a Lima en la más completa calma y disciplina, desfilando con toda tranquilidad al son del Himno Nacional tocado discretamente dentro de otras piezas marciales, para no herir sentimientos locales, como lo confirman las imágenes fotográficas de la época. Inmediatamente, Baquedano ocupó el Palacio de los Virreyes y declaró ley marcial en Lima, exigiendo una contribución de 5 millones de soles.

En su antes citada carta desde lima a su padre, Salvador Soto del Cazadores a Caballo escribía cuatro días después:

"La entrada de nuestro ejército vencedor por las calles de Lima se efectuó en el mayor orden y con toda solemnidad y decoro. Mientras la marcha, tanto las tropas vencedoras como el pueblo vencido que nos contemplaba, guardaban el más profundo silencio. Aquel acto fue el más solemne y grandioso que haya presenciado jamás".

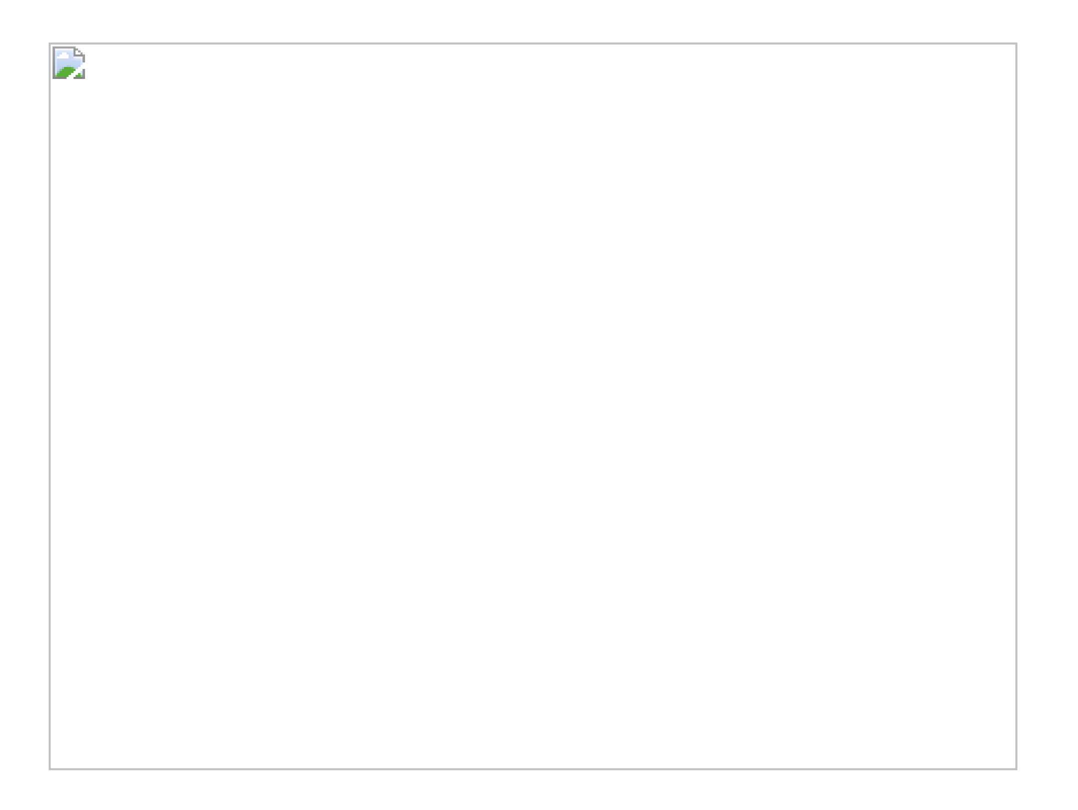
La bandera chilena comenzó a flamear sobre su asta. El mismo cuerpo extranjero que antes pretendía evitar la entrada chilena a Lima y amenazaba con reacciones en caso de ver a sus súbditos comprometidos, ahora aplaudía con satisfacción la ocupación chilena y la restitución del orden. Y grande fue, también, la euforia que causó la noticia en las calles de Santiago.

Caía pacíficamente la capital del Perú, y con ello también el gobierno, culminando la primera etapa de una de las guerras más sangrientas y feroces que se hayan librado en suelo americano. Los últimos focos de rebeldes quedaban, así, en Arequipa y en el interior, refugiados en la sierra.

Pero Piérola, decidido a organizar las guerrillas en los territorios aún no ocupados, marchó con sus más cercanos hacia las serranías de la Breña, dejando un Manifiesto en manos del cuerpo diplomático, el día 20 de enero, donde atacaba virulentamente a Chile prometiendo seguir con la resistencia y acusando descaradamente a los chilenos de haber roto el armisticio. Hacia allá habían huido también Cáceres, el hijo de Prado y varios otros líderes locales, con similares

intenciones, por lo que la guerra estaba lejos de llegar a su fin y la acefalia iba a impedir toda posibilidad de arreglo de paz.

El entorno de Piérola seguía reconociéndolo como Jefe Supremo del Perú y había decidido dividir al país en tres zonas administrativas y concentrar el grueso de la resistencia en la zona de las sierras. El Norte quedó en manos de Montero; el centro en las de Echenique y el Sur en las de Solar.



Tensión civil-militar. Vergara reduce fuerzas y choca con Baquedano

Las victorias chilenas habían provocado la aparición de los llamados *cucalones,* en su acepción utilizada por la jerga militar para señalar civiles un tanto imprudentes del Gobierno o del mundo político en general, que aparecían celebrando y hasta pretendiendo llevarse el crédito de las glorias militares como si fuesen propios. El nombre provenía de un desgraciado peruano que formaba parte de la tripulación de Grau en el "Huáscar", llamado Antonio Cucalón y que, aunque se ha puesto en duda que realmente fuera un civil como dice la leyenda, cayó en junio de 1879 de cubierta mientras escapaba sin poder ser rescatado, pereciendo ahogado y abandonado. *Cucalón* se convertiría rápidamente en un personaje entre los militares de ambos países.

La presencia de estos *cucalones* había generado fuertes resquemores en algunas autoridades uniformadas, como el veterano Coronel Velásquez, quien no era simpático con la vida fuera de los cuarteles y menos con los políticos. Además, muchas de estas maniobras tenían que ver con jugadas electoralistas en favor de Domingo Santa María, en su carrera para ocupar La Moneda.

Al día siguiente de la toma de Lima, se encontraban reunidas en el casino del hotel "Maury" las autoridades chilenas del Ejército y del Gobierno. Un nuevo *impasse* en esta tensa relación entre civiles y militares, como los que sólo el ministro Sotomayor había conseguido

limar hasta su repentina muerte, vino a precipitarse en aquel encuentro.

Lamentablemente, el secretario del Ministro de Guerra, don Isidoro Errázuriz, un poco pasado de copas, propuso en el lugar un brindis para celebrar la victoria chilena, pero cuestionando tácitamente al General Maturana por haber propuesto el ataque de frente en Chorrillos y Miraflores, que tuvo grandes costos y fue estratégicamente impreciso. Molesto por la *cucalonada*, el Coronel Velásquez se puso de pie ofreció su propio brindis pidiendo que desaparecieran del entorno del Ejército todos aquellos personajes tentados con *"segar laureles ajenos".* El comentario hirió tanto a Errázuriz, que se retiró de la sala.

Cuando la noticia del incidente llegó al ministro Vergara, éste montó en cólera e intentó castigar a Velásquez poniendo en él la responsabilidad de tomar Arequipa, para lo que pretendía enviarlo hasta Arica a preparar la expedición en dos días más. Pero, al notificar de esta decisión a Baquedano, éste se negó a obedecer manifestando abiertamente su oposición al envío de Velásquez y a la división del Ejército. Furioso, Vergara ordenó entonces el zarpe de Velásquez a Valparaíso para ponerse a disposición del Gobierno, ante lo cual Baquedano protestó. Vergara, consumido por la ira, partió a Arica, el día 22 de enero de 1881, desde donde notificó telegráficamente a Pinto la necesidad de reducir la cantidad de efectivos en los territorios ocupados y disolver la Escuadra. Tanto Pinto como Santa María quedaron convencidos con tan irresponsable y temperamental petición de Vergara.

Una tensa reunión entre Vergara y Baquedano se realizó tras la aprobación de La Moneda. Baquedano se manifestó opositor a la medida, pues era de la idea de mantener las fuerzas de ocupación para organizar un nuevo gobierno peruano que fuese capaz de negociar la paz y aceptar las condiciones impuestas por derecho de guerra, de otro modo, se daba la oportunidad de que las guerrillas aparecieran como callampas tras la tormenta por todo el Perú. Pero Vergara se justificó en la necesidad económica de reducir la mantención de tropas en el territorio y se marchó sin decir más.

Baquedano, el General invicto, ahora muy dolido y molesto, comprendió que sus labores al mando del cuartel de guerra habían concluido, y decidió retirarse.

De la flota, en tanto, el "Cochrane" y el "Huáscar", con Latorre y Condell respectivamente, quedaron en el Callao. El resto de la escuadra volvió a Valparaíso, liderada por el Almirante Riveros.

Gobierno de De La Magdalena. Intrigas políticas. Regreso de Baquedano

Aunque Pinto había accedido a la toma de Lima, no era un convencido de que su caída garantizaría la paz. La proliferación de guerrillas y la huida de Piérola habrían de confirmarle sus dudas. Por esto, venía insistiendo desde enero en la formación de un nuevo gobierno peruano con el cual tratar, para lo cual era imprescindible el respeto social y la recuperación de la normalidad en la capital, pero con la sólida y severa presencia chilena.

Ante los hechos, el General González de la Cotera se acercó a los representantes chilenos ofreciéndole la posibilidad de instaurar un Gobierno para el Perú. Tras debatir, decidieron que el prestigioso abogado de Arequipa, don Francisco García Calderón, era el indicado para encabezar ese Gobierno.

Luego de largas y extenuantes reuniones, 144 altas figuras políticas y sociales del Perú, entre las que estaban Mariano Paz Soldán y Aurelio Denegri, resolvieron dar la Presidencia Provisional del Perú a García Calderón, el día 22 de febrero de 1881. Por su propia voluntad desconocieron a Piérola como mandatario y declararon de inmediato la necesidad de buscar la paz. Adicionalmente, hicieron que los chilenos declararan por escrito su voluntad de no negociar con el caudillo prófugo, tarea que quedó en manos de Altamirano y Vergara. Este Gobierno fue establecido en el pequeño pueblo llamado De La Magdalena, instalándosele un congreso en Chorrillos. Por esta razón se le conoce como el *Gobierno de De la Magdalena*. Contaba incluso con un ejército propio, armado por los chilenos, pero todas gestiones y facilidades eran sólo la caricatura de un gobierno real, condenado al fracaso.

Uno de los primeros actos de la nueva administración, fue declarar nulos todos los actos de Piérola, medida a la que el caudillo respondió indignado, amenazando desde la serranía con proscribir y derribar el gobierno si no revertía tal decisión en un plazo de 15 días. Sabía que contaría con el apoyo generalizado del pueblo peruano, ya que los caudillos y los agitadores visualizaban el Gobierno de De la Magdalena como un títere del Gobierno de Chile.

De esta manera, y gracias a la propaganda pierolista, el ánimo de revancha se regó por todo el país y el mandato de De La Magdalena no tardó en ser desconocido a lo largo y ancho el Perú. Las administraciones de Cajamarca y Huáraz desconocieron la autoridad de García Calderón y el Ejército de Arequipa, de unos 4 mil efectivos (mal entrenados y sin verdadero valor militar) tampoco se sometieron a sus decisiones.

La Moneda se esforzó inútilmente por darle legitimidad y reconocimiento al Gobierno de De la Magdalena. Lo que los chilenos desconocían, sin embargo, era que García Calderón había abierto el Perú a nuevas intervenciones extrajeras, con las que intentaba zafarse de la presencia chilena ocupando su país y así también permitirle conquistas políticas a sus ambiciones, según veremos.

En tanto, el 4 de marzo de 1881, los 52 mineros sobrevivientes de la primera generación del Regimiento Atacama, que originalmente eran 600, fueron homenajeados por la multitud al regresar al país. El día 10 siguiente habría de retornar a Valparaíso el General Baquedano con sus hombres en el "Itata", siendo recibido con una ovación popular sin precedentes, con el puerto tapizado de flores y banderas. 23 arcos de victoria les esperaban a su paso, hermosa representación triunfal que ha vuelto a ser repetida en otras épocas y en otros países. Regresaba así, el General vencedor y jamás vencido.

También a principios de marzo, Altamirano y Vergara habían avisado al *canciller* del mini gobierno de De La Magdalena, don Manuel María Gálvez, para poder pactar condiciones definitivas para el

armisticio y la firma de la paz. Pero el orgullo peruano había crecido en esos pocos días y, el 17, el ministro exigió a los chilenos que toda negociación encaminada a poner fin a la guerra, debía considerar la devolución de Lima o, cuanto menos, el traslado del Gobierno de García Calderón al palacio de la capital.

Esa misma tarde, Vergara presentaba renuncia a su representación ante el fracaso de las conversaciones con el nuevo gobierno peruano. Cornelio Saavedra había seguido el mismo camino de regreso, dejando allá al Coronel Pedro Lagos.

Nueva intervención de Estados Unidos y Francia en favor de Perú

Tras el fracaso de las negociaciones del "Lackawanna" y de la toma de Chorrillos y Miraflores, varios peruanos se habían estado acercando secretamente al Ministro Christiancy, para convencerlo de que sólo una intervención norteamericana directa salvaría al Perú de continuar en la guerra. La oferta caía como maná del cielo al fuerte movimiento imperialista que se había desatado ya desde hacía algunos años en los Estados Unidos y que ha pesado sobre la confianza internacional hacia esta nación por siglos.

Tentado, Christiancy escribió a su gobierno aconsejando tomar la propuesta para incorporar directamente al Perú a los estados satélites de la Unión y poder iniciar así una intervención estratégica en Sudamérica. En su nota confidencial al Secretario de Estado, W. Evarts, declaraba:

> *"Casi todos los aventureros españoles, o tomaban como esposas a las indias, o, lo que era más común, formaban un harén de muchachas indias, tantas cuantas elegían; pero, como regla general, no trataban a sus hijos como esclavos, sino que los reconocían como hijos suyos. De este modo ha sucedido que casi todo el pueblo del Perú es de esta raza mixta de la mezcla con el negro* (sic)*, de modo que no creo que se haya ahora en la ciudad de Lima 200 familias de raza blanca sin mezcla, probablemente no hay en el Perú 200.000 de raza blanca sin mezcla..."*
>
> *"Cincuenta mil ciudadanos emprendedores, de los Estados Unidos, dominarían toda la población y harían al Perú totalmente (norte)americano. Con el Perú bajo el gobierno de nuestro país, dominaríamos a todas las otras repúblicas de Sud América, y la doctrina Monroe llegaría a ser una verdad; se abrirían grandes mercados a nuestros productos y manufacturas y un ancho campo para nuestro pueblo emprendedor".*

Tocó la casualidad de que, por entonces, terminaba en Washington el período de Hayes, y con ello todas posibilidades de que Estados Unidos acatara la neutralidad al empezar el período del Presidente James A. Garfierld. Ya en 1850 el Presidente Buchanan había planificado educar y formar gobiernos por el resto de América, proclives al interés norteamericano, idea que perduró por largos años y que Christiancy creyó posible de aplicar en el Perú en su plan

de incorporación: estaría tutelado durante una década por la potencia, educándolo y moralizándolo en los valores democráticos, tras lo cual sería directamente integrado como otro de los estados de la Unión o al menos como una república estratégicamente aliada en la región.

El plan parecía perfecto... Pero, aún así, fue posible que apareciera otro mejor al interés de Washington D.C., pues los intereses intervencionistas yanquis estaban por encontrar simbiosis y una excusa muy oportuna en Francia.

La situación era la que sigue: En enero de 1880, poco antes de la derrota, Perú había trasladado el contrato de extracción de guano desde la *Peruvian Guano* a la sociedad transnacional francesa *Crédito Industrial y Comercial*, a pesar de que las covaderas entraban en franca decadencia. Al instalarse el Gobierno de García Calderón en De La Magdalena, el representante de *Crédito Industrial y Comercial* se había puesto de inmediato en relación con el mandatario para salvar el contrato, ofreciéndole 4 millones de libras esterlinas por el monopolio del guano y del salitre, cantidad que se entregaría a Chile como indemnización para impedir que se quedase con Tarapacá. Algunos sostienen que también hizo similar oferta a Piérola, dudando de la duración del gobierno provisorio.

Entre sus afiliados, *Crédito Industrial y Comercial* contaba con el Presidente de Francia, Jules Grevy, el ex abogado de la Casa Dreyfus. Con los tenedores de bonos del *Banco Egipcio-Francés*, que acababa de asociarse a la entidad, el nivel de relaciones logrado le permitió acceder fácilmente al Gobierno de los Estados Unidos, ante el cual designó como representante a uno de los abogados más prestigiosos de la época: Robert E. Randall, quien presentó a Evarts su interés comercial por Tarapacá solicitando la intervención y alegando que su propuesta contaba con la anuencia de Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra.

La sola idea causó una entusiasta euforia a Evarts, quien propuso de inmediato a Christiancy una vía de protectorado para el Perú aprovechando estas preocupaciones comerciales internacionales por la derrota peruana, especialmente las de los banqueros europeos y del clan Dreyfus. Evarts entró casi de inmediato al negocio a través de la *Peruvian Company* de New York, y designó como su representante al Conde de Montferrand y al cubano Francisco Suárez, el ex abogado de Meiggs en Perú.

Christiancy no quedó muy conforme con el nuevo proyecto, que no consideraba claramente la anexión peruana. A mediados de marzo de 1881, se lo hizo saber a Suárez cuando se reunieron en Lima, tratando con mucha descortesía al enviado. Aún así, Suárez consiguió arrancarle un acuerdo a García Calderón a fin de mes, y designó a Federico Elmore como su representante en Washington, el día 28.

Pero el 5 de marzo anterior, había entrado a la Secretaría de Estado norteamericana el controvertido Ministro James Blaine, desplazando a Evarts. Blaine era un político poco escrupuloso y movido por una serie de oscuras filiaciones religiosas y criptopolíticas. En su época, fue señalado como corrupto y por enriquecerse ilícitamente. Aceptó de inmediato el proyecto a la llegada de Elmore, el 4 de mayo,

descartando las prioridades de Christiancy. El 4 de mayo de 1881, Blaine había recibido al representante de García Calderón, Elmore, aceptando y reconociendo el gobierno del abogado en De La Magdalena. Considerando que el hijo de Blaine era uno de los principales accionistas asociados a la *Peruvian Company* neoyorkina, no resultará sorpresa la clase de acuerdos que salieron de estos encuentros.

Cabe señalar aquí que la *Peruvian Company* -tercera socia del complot junto a la *Crédito Industrial y Comercial* y al *Banco Egipcio-Francés*-, había sido organizada por el abogado Jacob R. Shipard para hacer efectivos los créditos para extracciones guaneras en Perú, de Alexander Cochet y Jean Claude Landreau, por 900 y 300 millones de dólares respectivamente. Por supuesto que en las fuentes históricas peruanas más conocidas sobre la Guerra del Pacífico, prácticamente no aparecen detalles de estos interesantes vínculos ni de esta etapa de las intervenciones extranjeras sobre el conflicto.

Iniciando su política de intervención en actos concretos, Blaine decidió reemplazar al insatisfecho Christiancy de la representación el Lima y lo llamó de vuelta, colocando en su lugar al General Steffen A. Hurlbut, uno de sus más cercanos y leales colaboradores en Illinois. También removió a Osborn, enviando desde New Jersey a otro General: Judson Kilpatrick. Puede verse con claridad el entusiasmo del Secretario de Estado para mover su ajedrez en favor de la intervención compulsiva.

Chile desconocía por completo el desarrollo de estos siniestros acuerdos, pero en Bolivia eran sabidos con gran detalle. El optimismo paceño volvió a experimentar un alza a causa de esto pero, incapacitados de poder continuar con la guerra y careciendo de la fuerza militar necesaria para una escaramuza siquiera, la Asamblea resolvió continuar la contienda a nivel político y diplomático, lo que en la práctica, y a esas alturas, ya no significaba gran cosa. En cambio, el ministro chileno en Washington, don Marcial Martínez, fue advertido de la posibilidad de que tales negociaciones existieran, las que sólo tomó como un rumor infundado que se negó a creer. Ni siquiera el destape de la noticia durante una polémica investigación del Congreso de los Estados Unidos le hizo cambiar oportunamente de opinión. Encina explica estos acontecimientos en el hecho de que el talento de Martínez como abogado no era proporcional a sus escasos dotes como diplomático. En un acto de extrema ingenuidad, escribió en junio al Gobierno chileno:

> *"El señor Blaine me hizo varias preguntas que me manifestaron que no entraba ni remotamente en el ánimo de este gobierno tomar parte en la cuestión del Pacífico"*.

Blaine, de este modo, no sólo participó en la formación del mito de los "intereses ingleses" representados por Chile durante la guerra, sino que también actuó eje de la intervención extranjera en favor del Perú y en contra de Chile. Apoyaría así a Perú, sin rubores, alegando que Chile era respaldado por Gran Bretaña; pero en realidad con la expectativa de incrementar el comercio norteamericano con América Latina, para lo cual era menester

reducir la presencia y el poder de los inversionistas ingleses en la región continental, según su filosofía.

Demás está recordar las tremendas omisiones que historiadores peruanos (que con tanto acento resaltan su cultura autónoma y su distancia del occidentalismo) hacen también en torno a estos vergonzosos hechos y a los que vendrían después.

Primeros enfrentamientos del Ejército chileno en la Sierra 

Mientras esta conspiración financiera internacional tomaba forma, el Senado de Chile otorgaba por unanimidad a Patricio Lynch el grado de Contralmirante de la Armada. En Perú, en tanto, en el poblado de Chosica al interior de Lima, Pedro Lagos instalaba un hospital para poder atender a los varios enfermos chilenos que desde, poco antes de la toma de Pisagua, venían presentando contagios de estados febriles y tercianas.

En abril de 1881, se hizo necesario limpiar y proteger las líneas de ferrocarriles. Con este objetivo, Lagos despachó al Segundo Comandante de Carabineros de Yungay, don José Miguel Alcérreca, para que marchara con un grupo de oficiales de Caballería y del Buin hacia el interior. Ya se sabía de la presencia de montoneras ordenadas y organizadas por Piérola en todo el sector serrano, por lo que los chilenos iban atentos a disolver cualquier aparición de los guerrilleros que se podían esperar en el territorio.

Los temores se confirmaron el 9 de abril, cuando se encontraron con una montonera de 500 hombres de Bedoya, que se había acuartelado en el caserío de San Jerónimo. Afortunadamente, los peruanos escaparon tras un breve enfrentamiento, pero sólo por unos días, porque las montoneras comenzaron a reorganizarse en Junín, apoyadas por indígenas locales cuyo ánimo confrontacional era azuzado por los militares limeños e incluso por religiosos, quienes les prometían un boleto garantizado al Paraíso por el solo hecho de pelear contra el enemigo chileno y morir en combate.

Las noticias de estas movilizaciones alertaron al Cuartel Central de Chile. El día 15 de abril, se envió por ferrocarril un grupo de 1.932 efectivos al mando del Comandante Ambrosio Letelier, para aplastar las montoneras que pretendiesen avanzar sobre el hospital de Chosica. Tras bajar en Chicla, avanzaron hacia el cerro de Pasco no sin antes experimentar los efectos de la altura, comúnmente conocidos como el *apunamiento*. Sin embargo, en el camino fueron interceptados por montoneros que les arrojaron pesadas piedras desde una cuesta, para luego huir ágilmente. Sólo el día 20 las compañías del 7º de Línea, Esmeralda, consiguieron alcanzar a algunos de estos insurrectos en Quinua y Carjamarquilla, aunque también lograron escapar con muy pocas bajas.

Ya hemos dicho que los odios estaban hirviendo con violencia entre ambos bandos desde hacía tiempo. La violación peruana del armisticio dio nuevas razones para que la emoción arrastrara a los chilenos a peligrosos sentimientos de furia y venganza. Lo mismo sucedía en Perú, que acusaba a Chile de la ruptura de la tregua. Tras ocupar el cerro Pasco, junto al lago Junín, las tropas comenzaron a descender nuevamente pasando por varios de los

pueblos del interior en donde, con la excusa de realizar allanamientos que impidiesen la formación de montoneras, muchos dieron escape a sus revanchismos y provocaron destrucciones innecesarias en contra de las instrucciones que Letelier había recibido. Como estaba prácticamente abandonado y sin medicinas ni alimentos, además, Letelier exigió pagos de cupos de guerra y requisó de los mismos pueblos de la cordillera de Casapalca los abastecimientos necesarios para la expedición.

Enterado de los sucesos en las serranías, Lynch dispuso el mismo día de su llegada al Callao en calidad de nuevo General en Jefe de las fuerzas de ocupación, el 17 de mayo, que Letelier regresara a la brevedad, pues habíase informado de las protestas contra esta expedición. Notificarle de esta decisión fue una odisea, pues sus fuerzas estaban dispersas por casi todos los pueblos y caseríos de Casapalca, lo que impidió que fuesen avisados a tiempo de retornar. Esto hubiese ahorrado mucho sufrimiento y derramamientos de sangre, como veremos, pues las montoneras ya había comenzado a alzarse en la zona, luego de que un pequeño grupo al mando del Comandante Hilario Bouquet fuera atacado por una enorme cantidad de hombres en Huánuco, al extremo Norte del área de expedición, logrando mantener su posición a duras penas.

Días después del arribo de Lynch, llegó un telegrama de Letelier hasta el cuartel, donde informaba de los pormenores de su aventura. Lynch casi no lo leyó y se limitó a rugir a sus subalternos que el Comandante debía regresar lo antes posible. Como pudieron, lograron alertar a Letelier y éste se puso en marcha de vuelta a Chosica, con sus hombres profundamente afectados por la altura, por la mala alimentación y por la larga colección de enfermedades que les esperaban en el territorio, muchas de ellas desconocidas en Chile. Ya que la ruta se les bifurcaba en cerro Pasco y volvía a unirse en Chicla, camino a Chosica hacia el poniente, Letelier decidió que no marcharía por el camino bajo que pasaba por La Oroya, sino por el de Las Cuevas. Queriendo evitar ataques de montoneras, ordenó que el Capitán José Luis Araneda y el Subteniente Guzmán se adelantaran por el paso superior con 80 efectivos del Buin, para cerrar en el poblado de Las Cuevas, a medio camino de ese tramo, cualquier avance guerrillero.

Sin embargo, muy de cerca venía pisándoles los talones el temible y audaz caudillo peruano, General Andrés Avelino Cáceres, cuyo valor y energía lo convertirían en verdadera leyenda, llamándosele para la posteridad como *el Brujo de los Andes*.

Estaba por librarse otra epopeya de la Guerra del Pacífico...

La batalla de Sángra y la ferocidad de las montoneras peruanas

Las ocupaciones de Cáceres en los pueblos que iban abandonando los chilenos por la sierra, permitieron al sagaz guerrero predecir la dirección de marcha de Letelier, y envió comunicación al Coronel Vento, cuya montonera de casi 700 hombres comenzó a marchar hacia Las Cuevas, hacia el 24 de julio, creyendo quizás que el grueso de la división chilena iba a encontrarse allí, en lugar de la escuálida tropa de Araneda que, luego de un temporal de gélido

viento cordillerano, había partido a refugiarse a un pueblo de enfrente, conocido originalmente como *Sángrar*, pero cuyo nombre se corrompió al de *Sángra*. Les acompañaba el que quizás fuera el menor de todos los combatientes chilenos en toda esta guerra: el pequeño corneta del Buin, José Avelino Águila, de sólo 10 años. En la posición sólo dejó catorce hombres al mando del Sargento Blanco.

Para empeorar las cosas, Letelier había debido frenar su avance a Las Cuevas, al ser atrapado por una fuerte nevazón que le obligó a retroceder para tomar el camino de La Oroya. La naturaleza conspiraba cruelmente sobre el destino de los chilenos, como veremos.

La mañana del día siguiente, 26 de julio de 1881, el Sargento Bisivinger salió de Sángra con seis hombres más, buscando abastecerse de víveres en alguna hacienda cercana. Habían caminado hasta cerca del mediodía cuando, de improviso, se vieron rodeados por la multitudinaria montonera del Coronel Vento, en el paso de Colac, siendo atacados y acribillados al instante.

El tronar de los fusiles descargados contra el pequeño grupo llegó con el aire hasta la posición de los 53 hombres de Araneda en Sángra y los otros 14 de Blanco que habían quedado en Las Cuevas. Todos comprendieron de inmediato que Bisivinger había sido emboscado y se alistaron en sus posiciones esperando a la montonera. Araneda los agrupó en torno a una de las casas del pueblo y colocó a 15 hombres al mando del Teniente Guzmán detrás de un bajo muro de piedras que había junto a la capilla, vecina a la casa que usarían como fuerte. Lentamente, la masa de 700 hombres comenzó a asomar por el horizonte dividida en tres grupos, en una escena que debe haber resultado escalofriante para este pequeño puñado de valientes. De inmediato, Araneda dio órdenes de que nadie se rindiera y se luchara hasta que el último de los chilenos quedara vivo.

Cuando estuvieron a relativa distancia, los montoneros se arrojaron con ferocidad y rapidez sobre la posición chilena, desatando la batalla. Otro grupo de indígenas avanzó contra la posición de Blanco, sobre una loma, pero los disparos sin interrupción lograron atrasarles su intento de subir.

En tres horas de violento combate, habían caído cuatro chilenos entre los hombres de Guzmán y las indiadas avanzaban y retrocedían peligrosamente según las proporciones del fuego que los chilenos lograban hacer, hasta que, en una breve pausa, uno de los oficiales peruanos de la montonera les invitó a rendirse, prometiéndoles respetar sus vidas. Pero Araneda se negó y el pequeño corneta comenzó a tocar "calacuerda" para reiniciar la batalla. Parapetados dentro de la cabaña, los chilenos continuaron disparando desde las ventanas.

Los montoneros corrieron en masa hacia la posición de Guzmán, quemando la iglesia. Entonces, los que allí quedaban salieron a punta de bayoneta intentando abrirse paso entre el enemigo para alcanzar la posición de Araneda. Pero la masa humana fue mayor y debieron desviar hacia la loma, ascendiendo sin parar de pelear hasta la posición de Blanco.

Otro tenso silencio se apoderó del campo de batalla. Los montoneros vieron con ira como se habían escapado los hombres, mientras Araneda permanecía escondido y también silencioso en la casa, siendo el blanco más fácil de alcanzar. Fue entonces que los hombres parapetados en Las Cuevas comprendieron que sería imposible salvar a Araneda sin contar con refuerzos, y decidieron salir en loca carrera hacia el resto de las tropas de Letelier para pedir ayuda. Los alcanzarían sólo en Casapalca, despachándose una tropa del 3º de Línea al mando del Capitán Wolleter y el 7º de Línea al mando del Capitán Florencio Baeza, con el Comandante Virgilio Méndez a la cabeza.

Mientras, la batalla comenzaba otra vez. Para poder contrarrestar las arremetidas de los montoneros y dar la falsa apariencia de ser más de los que en realidad se encontraban encerrados dentro de la casa, Araneda dio la orden de que quince armas dispararan simultáneamente por cada ventana, alternándose mientras los heridos recargaban los fusiles. Permanecieron en esta situación hasta que cayó la noche. Las respuestas de fusil chilenas impedían a los montoneros poder acercase, por lo que comenzaron a arrojar antorchas de grasa encendida contra la casa, al tiempo de que empezaba a caer copiosamente la nieve. Esta oportuna nevazón permitió retrasar el avance del fuego por el techo y parte del costado de la casa.

Increíblemente, los chilenos lograron resistir dentro de ese averno por varias horas más. Ofuscado, el impaciente Vento ordenó entonces una embestida final y, ya en horas de la madrugada del día 27, la turba se arrojó violentamente contra la casa. Con una gallardía sublime, el puñado de chilenos del Buin logró contener a los cientos de peruanos que intentaban entrar por las puertas y las ventanas, desmontadas de sus marcos. Tal fue la resistencia que 40 montoneros cayeron y el resto, después de 12 terribles horas de tormento, escapó de las descargas. Araneda guardó su sable, y los demás guerreros se sentaron extenuados.

Las tropas de refuerzo sólo llegaron en la mañana, salido el sol. Vieron con asombro como sus compatriotas no se habían rendido. Cuando arribaron al lugar, Araneda se encontraba rindiendo honores a la bandera con el Subteniente Ríos, el Subteniente Saavedra, el Corneta Águila y otros 7 fusileros. Para los hombres del 3º y 7º de Línea, haber descubierto a estos camaradas vivos y sin haberse rendido, fue un espectáculo sobrecogedor.

Las tropas de Letelier se reunieron nuevamente y regresaron a Lima el día 4 de julio de 1881. Lynch los recibió al borde de la erupción luego de tantos días de angustiante espera, e increpó duramente a Letelier cuando se presentó en su despacho, por las tropelías que se le imputaban y el retraso en su retorno con relación a la fecha en que se emitió la orden de regreso. Hizo levantar un sumario en su contra, que culminó con el envío a Santiago del Comandante y de los oficiales Hilario Bouquet y Basilio Roa, donde serían duramente castigados.

Interés norteamericano en Chimbote: la misión de Hurlbut 

Pocos días después de estos hechos, a mediados de julio de 1881, arribaba en Perú el nuevo plenipotenciario norteamericano, Hurlbut, enviado por Blaine.

En Chorrillos y Ayacucho, los peruanos acababan de realizar amplios congresos para decidir por el destino del país en la situación de entonces, donde quedó claro que las dos fuerzas imperantes de paz y de guerra, representada por García Calderón y Piérola respectivamente y presentes en los encuentros, eran por completo irreconciliables. La visita de Hurlbut no podía ser más oportuna, por lo tanto.

Por recomendación de Blaine, el nuevo representante estudió en terreno todos los pormenores de la situación decidiendo que la vía más sensata era insistir en el reconocimiento de los créditos de Cochet, descartando una propuesta de intervención directa que en último momento había ofrecido el presidente Grevy, y que incluía la participación directa de fuerzas y presiones contra Chile.

García Calderón lo recibió a las horas de haber llegado. De inmediato, y sin demasiados preámbulos, Hurlbut recomendó mantenerse firme en la idea de lograr que Chile devolviese al Perú a los territorios ocupados, para lo cual sugería al mandatario la necesidad de mantener las conversaciones, extendiéndolas por la mayor parte del tiempo que se pudiese, pues los Estados Unidos estaban preparando la entrega de dinero prometido y con el que se pretendía convencer a Chile de desistir de su deseo de mantener los territorios tarapaqueños dentro de su soberanía. García Calderón se mostró complacido con la propuesta.

Lo que sucedió a continuación, aún resulta asombroso: Chile había devuelto a Lima al representante don Joaquín Godoy para acelerar los trámites de paz, pero García Calderón evitó la reunión por cerca de un mes. Cuando, finalmente, Godoy consiguió un encuentro, el mandatario continuó cumpliendo al pie de la letra las recomendaciones de Hurlbut y sólo contestó con evasivas las propuestas chilenas, situación que puso en conocimiento de Lynch, anunciándole que volvería a Santiago. Pero Godoy era un tipo astuto y sagaz, lo suficiente como de advertir el peligro que se fraguaba dentro del Gobierno de De La Magdalena, por lo que, antes de partir, recomendó a Lynch disolverlo.

Envalentonado con las promesas de Hurlbut, García Calderón acentuó su política de prepotencia y arrogancia en contra de las autoridades chilenas en Lima, terminando las negociaciones casi cortadas por su exigente y dura posición.

¿Qué sucedía a espaldas de la diplomacia chilena? Pues, que en un acto insólito y extraordinario en la región, el mandatario peruano había ofrecido sorprendentes concesiones a los Estados Unidos a cambio de los "buenos oficios" que la potencia pretendía ejercer para evitar que Chile se apoderara de Tarapacá. Entre estas ofertas para el gobierno yanqui, estaba el puerto carbonero del Chimbote, al Norte de Lima, sobre el cual Washington podría ejercer autonomía por un año y con posibilidad de renovación, en un verdadero enclave norteamericano en territorio peruano. A su vez, Perú facilitaría usos de ferrocarriles y comunicaciones para el puerto.

Coincidentemente, por esos días la sociedad *Crédito Industrial y Comercial* y la *Peruvian Company* se fusionaban bajo auspicios de Blaine en la *Peruvian Corporation*.

Lynch cerca la intervención y anula gobierno peruano. Muerte de Garfield

Alertado por el informe de Godoy, Lynch no soportó la incertidumbre y mandó a llamar al plenipotenciario norteamericano enrostrándole el creciente rumor de que los Estados Unidos romperían la neutralidad para ofrecer su adhesión al Perú. En aquel momento, las conversaciones de Chile con el Gobierno de García Calderón estaban prácticamente muertas, a raíz de la intransigencia y soberbia de este último.

En un principio, Hurlbut negó cualquier relación con la acusación. Pero, el día 24 de agosto, corrió a presentar a Lynch un memorándum con copia a García Calderón y otras notas publicadas en la prensa local donde, para sorpresa de todos, el representante reconocía que los Estados Unidos querían impedir la cesión de territorio como cuota de indemnización de guerra para Chile. En el cínico texto, se lee:

> "(Los EE.UU.) *...no aprueban la guerra con fines de engrandecimiento territorial, ni el desmembramiento violento de una nación, excepto como último recurso y en circunstancias extremas* (...) *Como nunca ha habido cuestión de límites entre Chile y el Perú ni por consiguiente fronteras que arreglar, y como Chile ha repetido en público y oficialmente descartado cualquier propósito o deseo de anexión territorial forzada, opinamos francamente que tal actitud ahora estaría conforme con la dignidad y fe pública de Chile, y sería desastrosa para la tranquilidad futura de ambos países, estableciendo una ofensa muy seria que tendería constantemente a manifestarse en disturbios* (...) *Somos, por consiguiente, de opinión de que el acto de apoderarse del territorio peruano y anexarlo a Chile, sea por mera violencia o dictándole como condición imperativa para la cesación de hostilidades, en contradicción manifiesta de las proclamaciones anteriores de Chile, contraría esos propósitos, lo que sería considerado por las otras naciones como una prueba de que Chile había entrado por el camino de las agresiones y de las conquistas con el fin de engrandecimientos territoriales".*

Simultáneamente, el ministro yanqui se había reunido con los jefes de las distintas fracciones peruanas (Montero en Arequipa y Cáceres en el Centro) para convencerlos de desconocer el Gobierno de Piérola y aceptar el de García Calderón.

Pero Cáceres no habían respondido a la oferta de Hurlbut. Muy por el contrario, *el Brujo de los Andes* se acercaba constantemente hasta los contornos de Lima, en Chosica, intentando hacerse una idea de la situación y de interceptar nuevos avances chilenos hacia el interior. Estos movimientos habían alentado el optimismo de los

limeños y una gran parte de la guardia armada de De La Magdalena comenzó a desertar para huir a las sierras, deseosos de incorporarse a las huestes de Piérola y la resistencia.

Molesto, Lynch decidió poner fin a la delicada situación y dar un golpe de gracia a los planes norteamericanos, antes de que asumiera en La Moneda un nuevo gobierno. Así, a principios de septiembre, ordenó la disolución de la guardia armada de De La Magdalena.

El 18 de septiembre, asumía en La Moneda el ex Canciller Domingo Santa María. Nuevamente, se hizo prioritario lograr la paz como objetivo central, acaso el único, para lo cual se decidió enviar hacia el interior peruano una fuerza destinada a contener a los caudillos locales mientras se esperaba la rendición, y se formó un segundo ejército de 7 mil hombres.

Coincidió que en los días de julio, el Presidente Garfield cayó herido en un atentado perpetrado por el extremista Charles Guiteau, en una estación de ferrocarriles, en momentos en que el representante chileno en Estados Unidos, Marcial Martínez, había sido instruido para lograr la sustitución de Blaine. Y justo en esos días, además, en Boston el norteamericano Horce Fisher, cónsul de Chile en esa ciudad, había desarrollado una valiosa campaña de prensa exponiendo aspectos desconocidos de la guerra sobre la posición de Chile en el conflicto y la intervención del Gobierno de Washington, reclutando las simpatías de las que la sagaz diplomacia peruana había privado a Chile hasta ese momento. Luego de más de un mes de horrible agonía, Garfield murió el 18 de septiembre, curiosamente no directamente por las dos balas que recibió, sino por el mal manejo de los médicos que intentaron quitárselas del cuerpo con bárbaros mecanismos quirúrgicos.

Atemorizado con la partida del mandatario, Blaine comenzó a aflojar y puso momentáneamente en retirada su proyecto. Por recomendación de la colonia norteamericana en Chile, fue que Santa María ordenó el retiro de Marcial Martínez, siendo enviado a Londres y reemplazado por Joaquín Godoy.

Siguiendo al recomendación que Balmaceda hiciera a La Moneda, el 28 de septiembre, Lynch ordenaría por bando la abolición de cualquier autoridad dentro de su jurisdicción, obligando a García Calderón a dimitir y clausurar su breve gobierno, alcanzando a reunirse con Hurlbut y a nombrar como vicepresidente, por recomendación del plenipotenciario, al Almirante Lisardo Montero de Arequipa que, como hemos visto, se encontraba aislada y sin ocupación militar chilena. García Calderón le había reiterado al norteamericano como carnada su ofrecimiento del Chimbote, el mismo día 28 de septiembre. Poco tiempo después, el ex mandatario y su ministro Gálvez eran llevado detenidos a Quillota, en Chile.

La situación se mantuvo en suspenso hasta el día 14 de noviembre de 1881, cuando llega a Washington la noticia de la detención de García Calderón, realizada a fines del mes anterior, episodio que había desatado airadas protestas de otras naciones ante el desconocimiento de las razones que motivaron la destitución del gobierno de De La Magdalena y de la propia intervención norteamericana.

Intento yanqui por salvar Gobierno de De la Magdalena. Caída de Blaine

La noticia de a proscripción del Gobierno de De la Magdalena reactivó las energías de Blaine y sus intereses intervencionistas, telegrafiando al representante Kilpatrick en Santiago y designando, el día 30, una nueva plenipotencia en Chile, conformada por William Henry Trescott y Walker Blaine, este último su hijo, con la intención de exigir a La Moneda una "explicación satisfactoria" sobre la disolución del Gobierno de García Calderón, advirtiendo, al día siguiente:

> *"Me es difícil declarar, por ahora, hasta qué punto será satisfactoria para el Presidente una explicación que no vaya acompañada por la restauración o por el reconocimiento del gobierno de Calderón"* (sic).

Blaine, vuelto a la carga, también envió misiones a Argentina y Brasil. Una de ellas, en Bolivia, tuvo consecuencias particularmente tristes para La Paz, pues el General Camacho había entrado ya a conversaciones directas con La Moneda, poco antes, descartándolas súbitamente ante el entusiasmo provocado por la oferta de esta ofensiva final de Blaine. En consecuencia, renunció a condiciones de negociación que le eran mucho más favorables a su país que las que debió acatar al terminar la guerra. En tanto, Piérola decidió no intervenir y partió a Europa, como veremos más adelante.

Todo el Perú apostaba también a la intervención yanqui. Todo estaba listo para ella cuando, el 13 de diciembre, cayó un golpe durísimo, un rayo desde la buena estrella de Chile.

Aquel día, se publicaron en el "Times" de Londres las instrucciones de Blaine a Hurlbut para la intervención de su país en Chile y Perú. La noticia fue un movimiento telúrico de proporciones imprevistas, que derribó a prácticamente todos los involucrados. Blaine fue rápidamente llamado a retiro, para ser sustituido por Frederick T. Frelinghuysen, quien desconoció la gestión de su predecesor y presentó los antecedentes en el Congreso, desatando una polémica investigación que acabó por derrumbar las pretensiones presidencialistas del tenebroso ex ministro. Luego, Hurlbut fue sorprendido con la orden desde Washington de que no se volvería a intervenir de ninguna manera en el destino de sus diplomacias. Casualmente, al poco tiempo él y Kilpatrick fallecerían.

Posiciones ingeniosas de algunos autores atribuirían, décadas después, la abrupta salida que estaba por protagonizar Blaine, a consecuencias de la lucha ideológica en el corazón de la política yanqui o a aspectos religiosos entonces en controversia, ignorantes de que la mayoría de los actores de la vida política de aquellos años en Estados Unidos eran en realidad altos "hermanos" de logias locales, que sólo para guardar apariencias militaban en sectas e iglesias cristianas, siguiendo una costumbre cosmética iniciada al final de la Guerra Civil por algunos movimientos de vinculación política.

Tras la caída de Blaine, el plan yanqui, el mismo que algunos autores declararon con prisa como el *"apoyo norteamericano a la*

posición de Perú y Bolivia durante la guerra", llegaba de este modo a su fin, como también se frustraban los intereses comerciales que eran lo único que en realidad animaba esta pretendida asistencia. Sin embargo, las especulaciones y la superchería histórica han continuado manteniendo este *affaire* entre los puntos más importantes de la Guerra del Pacífico. Vale recordar, sin embargo, que la mayoría de las fuentes peruanas y bolivianas que abordan el tema de la intervención norteamericana de 1881 nunca profundizan -como es de esperar- en las motivaciones económicas que se encontraban detrás de Blaine y la *Peruvian Company*.

Y -lo que resulta más bizarro e hilarante-, no han faltado las mentes surrealistas que, haciendo caso omiso de los más mínimos parámetros de indagación y documentación histórica, como el escritor nacido en Chile y miembro de una secta religiosa que no reconoce patrias ni nacionalidad, señor Cástulo Martínez, han sugerido en su obra "Chile Depredador" disparates tales como que la muerte de Garfield habría sido perpetrada por una conspiración organizada por chilenos, a pesar de que la prensa y la investigación judicial que llevó a la horca a Guiteau reveló que el móvil del criminal era castigar al presidente por no haber satisfecho sus exigencias de otorgarle un ministerio o un cargo secretarial en el Gobierno. Entre los muchos contemporáneos que siguieron este notable caso y reportan informes de los hechos, está el ilustre escritor y entonces periodista cubano José Martí. Además, a Chile le hubiese bastado con asesinar a García Calderón para detener el proceso de intervención en lugar de tomar pasajes a Estados Unidos para cometer un insolente magnicidio que, en la práctica, resultó tan favorable a la posición de Chile como a la de Piérola y los rebeldes que ansiaban el fin de la negociación.

Vale advertir que el otro personaje gringo problemático para Chile, Hurlbut, falleció de un infarto en su propio baño el 31 de marzo de 1882. Afortunadamente, a los mismos literatos fantasiosos que han querido vincular a Chile con el atentado de muerte al Presidente Garfield, no se les ha ocurrido -hasta ahora- acusar a la Cancillería chilena de haber inducido la oportuna muerte a distancia de Hurlbut contratando algún sacerdote vudú.

Argentina se apodera de la Patagonia: el entreguismo chileno en 1881

Hemos visto la posición de la Argentina durante todo el período previo a la guerra, entusiasta adherente al Pacto de Alianza con Perú y Bolivia hasta los triunfos chilenos en Iquique-Punta Gruesa y Angamos. Luego, al intuir cerca el fracaso militar de la Alianza, comenzó a probar la posibilidad de sacar partido de las complicaciones chilenas en el Norte para apropiarse de todo el territorio de la Patagonia oriental y forzar a Chile a firmar una solución onerosa.

Por este motivo, Buenos Aires no respetó estrictamente la neutralidad y continuó muy atenta a los escuálidos triunfos de los aliados, ayudando de cuando en cuando a los montoneros peruanos según lo confirma un telegrama de Christiancy, poco antes de ser relevado. Al llegar el ex Canciller a La Moneda, la entrega de la Patagonia como forma de solución al conflicto que se arrastraba con

Argentina desde 1843, comenzó a alcanzar su punto de materialización.

Empeñada en violar las bases del principio de derechos territoriales coloniales o *Uti Possidetis"* la Casa Rosada había desconocido con desparpajo impresionante el acuerdo Fierro-Sarratea y las bases de arbitraje que eran la única salida válida al litigio por la posesión de la Patagonia oriental. En esta situación, la guerra y el desplazamiento de la totalidad del contingente chileno hacia el Norte le había caído del cielo a Buenos Aires, iniciando en 1879 un violento plan de ocupación militar por sobre todo el territorio patagónico, al mando del General Roca, que invadió toda la comarca aplastando sin misericordia los últimos reductos indígenas de la zona y avanzando peligrosamente hacia el poniente.

El entreguismo de personajes como José Victorino Lastarria, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana y el Canciller José Alfonso, sin embargo, había permitido en su momento el sometimiento parcial de la Legación chilena a la voluntad de la Casa Rosada, incluso después de enterarse del violento avance de Roca por la Patagonia, que fue desconocido o ignorado por las autoridades de Santiago, con la atención desviada a los pormenores de la guerra. Pinto (hijo de una dama argentina y emparentado con el General Garmendia, de Buenos Aires) no reparó en el daño que la pérdida de la Patagonia podía causar al futuro de Chile, y trató de poner fin al asunto firmando un acuerdo para satisfacer las exigencias argentinas.

Al contrario de lo que muchos historiadores a veces creen, durante el debate del Congreso, el ex americanista y ex enviado a Buenos Aires, José Manuel Balmaceda, a la sazón en la Cancillería, declaró ante el Senado su obligación ministerial a presentar el proyecto de entrega del territorio, pero dejó clara su oposición más absoluta al mismo a pesar de votar por él como un cumplimiento político. Era, ahora, un vidente en medio de una isla de americanistas ciegos.

E 23 de julio se consagró la entrega territorial, aplaudida por la totalidad de los infames entreguistas chilenos. El Tratado de 1881 fue ratificado el 26 de octubre siguiente. Por su firma, Chile renunciaba en nombre de la paz y la amistad americana, a cerca de un millón de kilómetros cuadrados de territorio.

Los peruanos, por su parte, no perdonaron a la Argentina este aprovechamiento de las condiciones de guerra por muchas décadas, a pesar de los discursillos de fraternidad y amoríos que se hayan emitido entre sí en épocas posteriores, especialmente cuando señalan a Chile como enemigo común. Por mucho tiempo sintieron que, a costillas de su penosa situación, la Argentina efectivamente había logrado sacar partido de la Guerra del Pacífico sin arriesgarse a un solo tiro.

Errores estratégicos de Santa María y más intrigas políticas peruanas

Poco se podía hacer Santa María el 18 de septiembre de 1881, cuando asumió el poder y encontró como primer ítem de su agenda

dar solución al asunto de la Patagonia con Argentina y que, como hemos visto, le costaron a Chile todo el territorio.

Suponiendo concluidas las tensiones con la Argentina, el Presidente resolvió retirar las tropas chilenas en el interior del Perú, convencido muy erradamente de que las montoneras eran "meros indicios" de guerrillas. Quiso el destino que, precisamente en esos momentos, se revitalizara la acción de las montoneras poniendo en serio peligro a Chile, con un frente de guerra en el Norte y la amenaza de un nuevo foco por el Sur, representado por la Argentina, y sin posibilidad material alguna de alcanzar a contenerlo.

La desacertada decisión de Santa María de retirar la campaña de la Sierra o Breña, menospreciando la resistencia que allí se formaba entre las fuerzas peruanas rebeldes y las asistencias que bolivianos y argentinos habían comenzado a proporcionarle, según había reconocido el ministro norteamericano en Lima. Intentando revertir la situación, había enviado a la capital ocupada a Altamirano y Jovino Novoa, esperando concretar la paz que Pinto no había alcanzado con la oferta de ceder el territorio desde Camarones al Sur y 25 millones amortizables en guano tarapaqueño, mientras Chile mantendría Tacna y Arica como garantías de pago. La cláusula castigo sería que, si Perú no pagaba, los dos territorios serían entregados al Altiplano.

Pero las cuestiones políticas de Perú aún estaban lejos de ser resueltas, también: Ya vimos que, el 5 de noviembre, García Calderón había sido detenido junto a su ministro Gálvez. La circunstancia acéfala del gobierno peruano fue aprovechada por Montero para autoproclamarse en el mando supremo del Perú, en Cajamarca.

La oferta de Altamirano y Novoa era tal vez la mejor y más realista para que Perú hubiese optado para declarar la paz. Pero para entonces, Hurlbut aún no abandonaba este mundo y continuaba en las acciones de conspiración diplomática que hemos descrito anteriormente. Influía en ello también el miedo a la violencia de los guerrilleros, que habíanse declarado enemigos de cualquier arreglo, amenazando con duros castigos a quienes desafiaran esta voluntad.

En su nota a Balmaceda del 5 de noviembre, bien dice Altamirano sobre este problema:

> *"No es pues, el patriotismo lo que les impide ceder, sino el miedo"*.

No obstante las intrigas del plenipotenciario yanqui, otro hecho que es vergonzosamente negado por los peruanos vino a tener lugar con la llegada de los nuevos representantes de La Moneda a Lima, complicándoles sus labores. En el breve período de administración de Lynch en la ciudad, el orden cívico, la tranquilidad, el control de la delincuencia y hasta el aseo público se habían mantenido como nunca antes en Perú, quizás desde su época virreinal, lo que había significado la aparición de varias opiniones e influencias peruanas en favor de que la permanencia del odiado Lynch se extendiera por todo el tiempo que fuese posible, al menos durante el que ocupara la guerra.

No en vano, entonces, Lynch había comenzado a ser llamado popularmente como *el Último Virrey* o e*l Mejor Virrey del Perú,* en una identificación muy distinta a la demonizada imagen que hoy hacen de su figura algunos escritores.